



La catedral de Mondoñedo.

Después su fundación esta catedral, á la r. i. u. doña Urraca, que trasladó esta iglesia de San Martín de Mondoñedo á esta ciudad por los años de 1114 y 1117.—En una esquina del claustro, grabada en una lápida, se halla la siguiente inscripción que designa la citada fundación:

«A honor y gloria de Dios, de la Virgen Santísima Nuestra Señora, se fundó esta iglesia catedral en Bretoña, cuando las mas antiguas de España, por cuya pérdida se mudó á Rivasdeio y á San Martín de Mondoñedo, de donde la trasladó á este sitio con facultad apostólica en los años de Xpo. de 1114 y 1117. La señora reina doña Urraca Alonso, propietaria de Castilla y Leon, dotándola de muchas heredades y jurisdicciones. Continuando el emperador D. Alonso el VII su hijo. Y estando el claustro muy deteriorado, se comenzó á reedificar año de Xpo. de 1636, con donativos de D. Antonio de Valdez, su Obispo, electo de Oviedo, que lo dispuso y con los del cabildo, dignidades capitulares y otros devotos de la ciudad y obispado. Acabóse por abril de 1640, siendo Sumo Pontífice nuestro Stmo. Padre Urbano III, Rey de las Españas y de ambas Indias D. Felipe IV el Grande, nuestro señor Obispo D. Gonzalo de Somoza.»

Está situada en el centro de la ciudad. Es un edificio de piedra barroquesca, de mucha solidez. La fachada principal es de un solo cuerpo; en medio de ella y sobre la puerta principal, se ostenta el precioso espejo de doscientas y tantas pulgadas de diámetro, mandado labrar á mediados del siglo XVI por el Obispo Soto, que tambien hizo otras muchas obras, y que por su dibujo abierto en la misma piedra, comunica torrentes de luz á la iglesia. Elévanse sus dos torres á 170 palmos sobre el pavimento, cuyos dos últimos cuerpos difieren bastante del total, por haber sido edificadas muy posteriormente por el Obispo Muñoz, prior que fué del convento de San Lorenzo del Escorial, quien en honor á éste hizo labrar y añadió á la fachada los dos bajos relieves, colocados encima de las ventanas colaterales, representando el de la derecha á San Gerónimo y el de la izquierda á San Lorenzo.

El interior está dividido en tres naves de arcos de ojiva, de cuyos clavos pendían en otro tiempo sendas lámparas de plata, cuyas, como las demás y abundante plata que tenia, desapareció en la guerra de la Independencia. Su figura es de cruz latina, de 250 palmos de longitud por 148 de latitud. El crucero es muy espacioso, y de buena altura de techo, pende del medio de él unábel la araña de cristal. En él y en la parte del claustro, una preciosa lápida de mármol traída de Roma, cubre el sepulcro del obispo Cuadrillero, que hizo aquella parte del cru-

tero; en la parte opuesta es donde se coloca el monumento que la ocupa toda. En la parte de la nave de la derecha, junto á el crucero, se halla el enterramiento del citado obispo Muñoz, con una estátua grande que le representa. Tiene 20 altares: el de la capilla mayor, consagrado en 1462, presenta dos cuerpos de orden compuesto, con 15 estátuas, 4 medallones y un lindo tabernáculo; cierra esta capilla una magnífica halla de bronce, que habre paso á una mas pequeña que cierra el paso hasta el coro: tanto sus paredes como su techo y el de la nave del medio del crucero, estan cubiertos de buenas pinturas al fresco, que representan pasajes de la sagrada Escritura. La billería del coro es de nogal tallado.—En un altar, á espaldas del mayor, se guardan las pocas reliquias que posee la catedral. La sacristía capitular presenta en su nave un perfecto modelo de arquitectura; son notables sus pinturas y calageria, en que se guardan algunas cosas de mérito. La parroquia de Santiago se halla tambien en la catedral; su altar colocado á espaldas del coro es de un solo cuerpo de orden compuesto; en él se halla una imágen colosal de la virgen llamada Nuestra Señora la Grande, que fué traída por un devoto de la catedral de Londres cuando el cisma de Inglaterra.—El altar de la sacristía parroquial denota á primera vista una remota antigüedad.—Asegrase que esta iglesia, antes de su reedificación, era convento de Templarios, que se extendía á una manzana contigua, en cuyas casas se nota algun vestigio de lo que fueron otros tiempos.

CASAS CONSISTORIALES DE BURGOS.

Imediato al paseo-alamada del Espolon y hácia la parte meridional de la plaza mayor de la ciudad de Burgos, levanta su planta atrevida un edificio de cantería de Ontoria, de tres cuerpos, moderno en su construcción y cuyas graciosas proporciones realzan su hermosa fábrica. Data su construcción del año 1738, por D. Fernando Gonzalez de Lara, bajo el modelo y reglas del arquitecto mayor é ingeniero civil D. Ventura Rodriguez.

Este edificio es la casa consistorial de Burgos.

Su decoración exterior nada tiene de notable, y revela suma sencillez. Lo único que merece alguna atención es su linda fachada adornada por seis enormes columnas que abren tres pasillos ó ingresos bajo rotundas bóvedas que comunican con el indicado paseo del Espolon. Las

habitaciones del piso inferior no merecen mencionarse siquiera, pues nada tienen de notable: en cuanto á las del principal, son dignas de atención tres de ellas; á saber: una de diez metros de longitud por siete y medio de anchura, destinada á negocios y reuniones de poca monta, y otra algo más reducida, reservada para las sesiones capitulares de solemnidad. Este departamento, adornado de hermoso muebles de solera, respira un gusto agradable: de sus paredes penden los retratos de Fernán González á la derecha de la presidencia, y del Cid campador á la izquierda; al frente, sobre el fondo del testero los de los dos primeros jueces de Castilla, Laino Calvo y Nuño Rasura, cuya silla jurisdiccional existe como una joya histórica envuelta en una tela de seda en uno de los departamentos contiguos. Una escalera suntuosa de piedra de Oñoria, cuyos peldaños son de una sola pieza, tirada de la puerta principal del edificio, para enlazar sus dos pisos superiores con el inferior, trazando graciosos giros, de sólida maestría. Pero lo que merece más particular atención es el reducido oratorio que hay en el indicado piso principal, de que vamos hablando y en retirado apartamiento, al servicio y cuidado de un capellán regularmente dotado. En este oratorio, pobre y sencillamente adornado, existe un pequeño túmulo que contiene los restos mortales del Cid Campador D. Rodrigo Díaz de Vivar y de Doña Jimena, su esposa, que fueron trasladados en 19 de Junio de 1842, desde el monasterio de San Pedro de Cardena donde yacían. Están encerrados en una caja de madera primeramente construída y labrada, en cuyos costados se leen estas oraciones labradas con arte:

Noble, leal, soldado y caballero,
Señor, te apellidó la gente mora,
Y tu nombre de Cid llevó tu acero
A los muros de Córdoba y Zamora:
Las márgenes del Tura placentero
Reflejaron tu enseña vencedora,
Y al par de tu Jimena un este asiento,
Hoy la pueblo te erige un monumento.
Hunde la muerte con su roda planta
De los tronos y reyes la altiveza,
Que á tamaño poder, á fuerza tanta
No hay blasones, ni orgullo, ni grandeza:
Empero del olvido se levanta
Para, sublime, en su mayor alteza
De los inclitos héroes la memoria,
— A embellecer las hojas de la historia:

Es de advertir que Burgos blasona de ser la patria del Cid, á pesar de las aserciones, negativas y controversias suscitadas por los autores en este punto.

El tercer piso del edificio nada tiene de notable, pues se halla destinado para las dependencias de secretaría. Hállase en el archivo un sin número de preciosidades anticuarías, especialmente las notas históricas circunstanciadas acerca del partido decidido que adoptó Burgos en el alzamiento liberal de las ilustres comunidades de Castilla, una especial colección de disposiciones clásicas y autógrafas de España, el patron original de la vara de Burgos, el expediente autógráfico instruído por Santa Teresa de Jesús, para adquirir de la municipalidad el terreno donde edificó el convento de su orden, y demas, entre otras mil curiosidades, una sénte de cédulas y acuerdos documentados de una gran importancia.

A cada lado del edificio se eleva una torrecilla donde se halla el reló; cuya esfera es de cristal, un escudo con los cuarteles reales en el centro y otros dos de *copuz castello*, (1) sobre el fronton y en el coronamiento de los intercolumnios ó pórticos laterales de la fachada.

El antiguo consistorio municipal, antes de trasladarse al ya mencionado, se hallaba sobre el célebre arco de Santa María, monumento erigido á Carlos V. en desagradío del alzamiento de Burgos contra el sistema imperial en los bandos de las Comunidades, y dá entrada á la ciudad por la parte que corresponde al puente que enlazó las carreteras de Madrid y Valladolid. Luce en su fachada superficial un juego de estatuas y simulacros de pésimo ó irregular gusto. Figuran en primer orden dos columnas que sostienen el medio punto del arco de tránsito con ornos, relieves y atributos. La segunda zona está asimismo decorada con seis estatuas en sus correspondientes nichos, divididos por columnas abalustradas ó estípilas. Estas estatuas representan, según Madoz, á Nuño Rasura, juez de Castilla, al conde Diego Porcello, repoblador de la ciudad de Burgos, á Laino Calvo, también juez, á Fernán González, conde de Castilla, Rodrigo Díaz de Vivar, el Cid, y en medio de estos dos últimos se alza sobre un pedestal mayor la del emperador Carlos V. Con mucha razón observa Madoz que descuelga á cargo del Cid por su construcción incorrecta, y en verdad que se no-

ta una irregularidad y desproporcion en las partes que componen sus formas, que afean el conjunto, churrigueresco y estrabulario del artista.

Un pasado andén ó precinción que marca la separación de la primera y segunda zona, corre la fachada posterior elevándose sobre su coronamiento las columnas del *Non plus ultra* en el centro, y á sus estremos dos reyes de armas con sus coronas de honor, ostentan el escudo de la ciudad colocada en su delantera. En el arco central del segundo cuerpo figura también una estatua del Ángel Custodio titular de Burgos. El remate del monumento se halla flanqueado por seis torresones almenados, de piedra de Oñoria, como el resto de aquel.

La soberbia fachada contiene otras particularidades poco notables, que sin embargo forman extraño contraste con el juego de estatuas y sus accesorios, falto de uniformidad y armonía y que revelan desde luego la poca delicadeza artística del cincel. La escultura viene á rebatir la importancia clásica que las proporciones atrevidas del monumento han impreso en su carácter sólido y severo y que únicamente el espíritu ensayado del artífice ha interpretado con grotesco y equívoco sistema.

Presindiendo de las menudencias arquitectónicas que ostenta á cha fachada, haremos mención de las inscripciones trazadas en ella y que corresponden á las respectivas estatuas que quedan mencionadas, y á la parte inferior de sus pedestales sobre cintas figuradas de piedra en relieve arrolladas por los estremos.

Junto á la del emperador Carlos V. se lee la primera, que dice:
D. CAROLO V. MAX. ROM. IMP. ANG. GALL. GER.
AFRICANO QUE REGI DVICITVS.
S. P. Q. B. AI. D. C.

En la del Ángel Custodio:
TE CUSTODEM VRBIS STATUIT QUI IUNCTA GOBERNAVIT.
TU TIBI COMISO POPULUM TUTARE PATRESQUE.

En la de Fernán González:
FERDINANDUS GONZALVI FORTIS CIVI BELLORUM FULGURI ET FULMINI.
En la del Cid,

CID RUI DIZ FORTISS. CIVI MAURORUM FAVORI FERROBISQUE.

En la de Nuño Rasura:
NUÑO RASURAL CIVI SAPIENTIS CIVITATIS DIPED.

En la de Laino Calvo:
LAINO CALVUM FORTIS CIVI GLADIO GALALDOR CIVITATIS.

Y por fin en la de Diego Porcello:
DIEGO PORCELLO CIVI PRÆCLARUS GENIO ALTEFI.
Y en el escudo que tiene la misma estatua á mano derecha:
CIVITAS QUAL REGES PRÆCIPIET REGIMARE RECUPERAVIT.

Hasta aquí el exterior de ese vistoso monumento: ninguna particularidad ofrece su recinto, ni se respira ese lujo soberbio, que era el tipo genuino y característico de la edad media, tan fastuosa en afanes de aparato y ostentación: unas piezas desmenuadas de adornos, algunas labores estacadas, calados y arabescos de un mérito verdaderamente oriental, y alligados relieves con alicatsos y cuadros de mosaico, era cuanto primores se notaban en este recinto imperial á principios del siglo y que han sufrido luego modificaciones sin cuento. A fines del pasado siglo se trasladó la municipalidad al edificio nuevo, deserto al principio de este artículo; y el último acto oficial celebrado en el antiguo fué la promulgación del Código de las Cortes de 1820.

JOSÉ PASTOR DE LA ROCA.

¡VUELVO!

HISTORIA DE UNOS AMORES.

I.

LO DE SIEMPRE.

En medio de unos deliciosos jardines en que brillan las flores mezcladas á los árboles de adorno, en que bulle una fuente de puras y serenas aguas, y sopla un aire embalsamado, se eleva una casa plateresca por su situación, y agradable á la vista á pesar de su sencillez; no tiene más adornos que un blanca frebada y tres ventanas cerradas por persianas pintadas de verde.

En una de esas ventanas se distingue desde la estremidad de la llamada de tilos y acacias que á la casa conduce, un bulto, desde esa distancia no me es posible decir lo que es, pero si te tomas lector la molestia de adelantarte un poco, verá una muchacha lindísima, de esas que á ti te gustan y que á mí no me desagradan.

Ahora puedes verla, y dár tu opinión, aunque yo anticipadamente haya dicho que no podía menos de gustarte una muchacha de buenos ojos, de facciones correctas, de simpática rostró y de no despreciable cuerpo.

Hace un buen rato que está allí y nada de lo que por los jardines pasa la distrae; tiene el alma embebida en más altas meditaciones

(1) *Alguacil y diputado hereditario de la ciudad de Burgos, que data desde el reinado de D. Enrique de Trastámara, el testado.*

y no es extraño que no haga caso del canto de las aves, del ruido de la fuente que tanto conoce y del murmullo del aire en la arboleda; tampoco logró escapar de sus meditaciones, los graznidos de unas ruindas patos que vagan cerca de la fuente ni las oleadas del perfume de los lilos que trae el viento de vez en cuando, hasta su ventana.

Está inmóvil, sus ojos fijos en un sitio, su cuerpo parece el de una estatueta y como si su frente no fuera el centro de sus pensamientos, no la marca ninguna arruga, ni en ella se pinta ninguna señal de impaciencia.

Y no cabe duda que espera, á pesar de que no desespera, porque si con otro fin estuviera á su ventana, sus ojos distraídos recorrerían indistintamente todos los objetos que á su vista se desarrollan, y no prestaría una atención tan continuada á ninguno de ellos.

Pero la muchacha se ha movido, su cuerpo se ha inclinado mas hacia adelante y sus ojos se han abierto mas, como si quisiera devorar con sus pupilas un objeto que viene á lo lejos á caballo y que no es fácil reconocer por la nube de polvo en que va envuelto.

Ella debe haberle conocido, porque una de esas sonrisas en que toma parte el alma, se ha dibujado en sus labios, se ha llevado maquinalmente la mano al pelo y al cuello y cinta que le rodea, para arreglar algun pequeño desali del tocador, ó algun atrevimiento de la brisa que se haya permitido empapar sus alas en el perfume de sus cabellos.

Mientras se ha verificado esta corta escena ha llegado el objeto esperado, ha parado el caballo debajo de la ventana, y con voz dulce y simpática ha dicho:

—Adios Luisa, vida mia... y antes de acabar la frase cariñosa, que sus labios iban á pronunciar, la puerta se abrió y la muchacha se hallaba junto al caballo á quien hacia estas con una mano, mientras la otra descansaba entre las del jóven que la montaba; éste se inclinó un poco sobre el caballo para escuchar mejor las palabras que le decía la linda niña, mientras un magnífico perro de Terranova que le acompañaba daba saltos en derredor de la muchacha, ó se ponía á perseguir á los patos que huían desparvoridos, lanzando eros desagradables y roncós graznidos que tienen por costumbre lanzar estos animalitos.

La conversacion de los jóvenes seguia animadísima, pero tan calladito que lo que es nosotros no pudimos percibir mas que algunas palabras bajas y frases entrecortadas que la brisa prolongaba un poco; tan escasas son estas, que no podemos transmitir cuáles fueron por miedo de una interpretacion violenta, ó de que algun académico haga decir á nuestros amigos en vista de ellas, lo que tal vez nunca pensaron decir.

Como cosa de un cuarto de hora duró esto; la muchacha animándose, el muchacho muy contento; Luisa sonriéndose, el mancebo alegrándose hasta que sonó la hora de la despedida, lo cual se verificó imprimiendo él un beso en la mano de ella apretándole las dos, llamándole su vida, su alma, etc., sirviendo á su perro que no tardó en llevar, recogiendo las bridas al caballo, y volviendo á apretar la mano de Luisa, al tiempo que una de las ventanas de la casa se abría, en ella aparecia la cabeza de una señora que dijo con tono de satisfacion y alegría interior: *Son dos ángeles y se volvió á meter.*

El muchacho partió, Luisa se entró en su casa y el jardín volvió á quedar como estaba en el momento de empezar este capítulo.

II.

UN MANEJAMIENTO DE LA LEY DEL HOMBRE.

Reuníanse en la casa de campo que ya conocemos y en una pieza basta ahora desconocida para nosotros, las tres personas de que hemos hablado en el capítulo anterior, algunos vecinos y un jóven que amigo de la casa iba allí por amistad segun unos, y por Luisa segun otros.

Sobre varios y diversos objetos giró la conversacion, que no es del caso referir, siendo de notar únicamente que Luisa habia mirado mucho al jóven con quien la hemos visto hablar por la mañana, que éste habia correspondido á sus miradas con miras tan tiernas y apasionadas como las de la muchacha y que al jóven á quien hasta ahora no reconocemos no le habian hecho mucha gracia.

Acabada la conversacion y siendo ya hora de retirarse, los dos jóvenes salieron juntos y agarrados del brazo, empezaron el siguiente dialogo:

- No te puedes figurar amigo Juan lo dichoso que soy?
- Te equivocas Rafael, porque me lo figuró y mas diré, lo he visto, largo pruebas evidentes y empitando la cuestion, me das envidias.
- Pues no te lo he dicho con esa intencion, contestó el designado con el nombre de Rafael.
- Luisa es un ánge!, añadió Juan, tú la amas, ella te ama y no es extraño que seas tan dichoso.
- ¿Y! yo tambien lo seria si estuviera en igual caso.
- Buen remedio.

—Eso es, buen remedio, que puede uno echarse á buscar amada como el que busca achicorias en un campo; si tan fácil fuera ya tendría yo una mujer á quien amaría mas que á mi vida.

—¿Y no la tienes? preguntó Rafael.

—No, no la tengo, porque hasta ahora no he visto mas que dos mujeres con quien he simpatizado por completo, la una era Carolina, aquella que iba á las reuniones de la Condesa.

—¿Cómo, qué Carolina?

—¿Y sé por qué lo preguntas, interrumpió Juan; porque Carolina estaba casada hacia dos meses; cuando yo la vi por primera vez una noche de baile, me encantó de tal modo que la saqué á bailar, después de haberla dirigido unas miradas capaces de ablandar el bronce, unas miradas puramente platónicas, de esas que tú usas, y yo; henchido de esperanza al sentir su mano entre la mia, creí que iba á ser feliz; la dirigí unas cuantas galanterías de salon, me contestó afable, creció mi ilusion, y por fin me determiné á hacerla mi declaración.

—Pobre Juan, dijo Rafael, echándose á reir, ¿qué te dijo?

—Me dijo: Vd. está loco... pues qué ignora Vd. que hace dos meses que me he casado con un hombre á quien adoro mas que á mi vida?

—¿Y tú qué le respondiste?

—Se me achicó el corazón, me retiré á un rincón de la sala de baile y medité:

—¿Y qué resultado te dieron tus meditaciones? preguntó Rafael lleno de curiosidad.

—Este: esa mujer me desprecia, me dije á mí mismo, sin mas razon que porque está recién casada, por que está en la luna de miel, pues procuraré olvidarla y para por si acaso, me propuse dos caminos distintos para domar ó satisfacer mi pasion: ahora me desprecia; pues bien, si no puedo olvidarla, esperaré; la mujer es de suyo caprichosa, algun dia se cansará del que hoy hace sus delicias; entonces tendré libre y espedito mi camino; no cedo, no desmayo, y lejos de eso, adopto mi gran palabra favorita. *Vuelvo*, volveré y puede que entonces sea feliz.

—¿Y has vuelto? preguntó Rafael.

—Hace un mes, y nada...

—Sigue fiel.

—A muerte.

—Entonces has perdido la esperanza.

—No se pierde nunca la esperanza, dijo Juan con tono solemne.

—¿Y qué has hecho?

—Qué he hecho? decirme á mí mismo: era pronto y repetir mi magnífica palabra, *vuelvo*.

—Pues si siempre haces lo mismo vas á divertirte.

—No lo creas, contestó Juan, con las mujeres no debe uno perder nunca la esperanza; son como los niños, lo que hoy les desagrada mañana les agrada y vice-versa, por eso no desespero, quién sabe?

—Pero hombre, dijo Rafael, esas son ideas criminales, no te ha dicho que estaba casada?

—Sí y qué?

—Ah! te es igual? entonces estás en tu derecho.

—Te anuncio que no será yo el primero, siempre he tenido por horrible deshacer la paz de los matrimonios, viviria con un recordamiento eterno y horrible, pero si por casualidad se desliza, ahí entonces es mia, me pertenece, porque la adoro; entonces pongo en práctica mi palabra, y mi conciencia queda tranquila.

—Famosa moral.

—Si no santa, mas laudable es que la del hombre que me ponga en ese caso haciéndola fallar el primero.

—Me chota tu sangre fria, amigo Juan, y entonces vivirías tranquilo.

—Como un bienaventurado.

—¿Y creerías no haber fallado á la ley de Dios?

—A medias.

—¿Cómo á medias, no te comprendo?

—Porque si bien dice un mandamiento; no desearás la mujer de tu prójimo; creo muy bien que se podía haber añadido el undécimo; no enseñarle al prójimo la mujer del prójimo.

Una ruidosa y franca carcajada de Rafael acogió esta frase estraña de Juan, que conservaba su seriedad como uno de esos publicistas que con la mayor calma y buena fe encajan una utopia irrealizable y absurda.

Rafael no sabia ya cómo volver á andar la conversacion, cuando Juan le sacó de apuros diciendo:

—Te chocan mis máximas; no son puras, pero sin embargo creo que pocos hombres pueden tener la conciencia tan tranquila como yo á pesar de mis teorías que á ti como estas en visperas de poseer una mujer no necesitas para nada la del prójimo.

—Y la otra porque creo que hablabas de dos?

—Ei, es verdad, pero es esta historia para mas adelante y ya estamos cerca de la casa, por lo cual renuncio hoy á contártelo y me reservo ese derecho para mas adelante y cuando tengamos mayor espacio.

Rafael se volvió á reír y se despidió de Juan que echó á andar á su casa adonde llegó al poco tiempo algo triste y donde dió rienda suelta á su estrambótica imaginación.

III.

QUÉN ERA LA OTRA.

Juan como todo hombre, que se fraguó sistemas y que se desarrolló en su cabeza teorías mas ó menos ciertas, mas ó menos absurdas apenas quedaba un momento solo, se entregaba á sus meditaciones las cuales solían durar lo bastante para calentarle la cabeza y llevarle de deducción en deducción, de idea en idea á generalizar absurdamente y á sacar de la inocente palabra, vuelvo, un nuevo mandamiento, es decir, como todo en el mundo, que desde lo mas insignificante nos lleva á gigantescas cosas, á frases capaces de asustar al mismo Pudbom, si éste fuera capaz de asustarse.

Acostóse Juan, y á solas con su almohada, que pasa por buena consejera para la mayor parte de los hombres, empezó á meditar despues de apagar la luz y quedarse en un silencio completo, y que no interrumpía mas ruido que el monótono y pesado que produce la roedora carcoma cuando se posesiona de alguna puerta ó ventana.

Y Juan se decía á sí mismo:

Nuevas esperanzas deshechas como el humo, sueños de oro desvanecidos como un relámpago, como el humo que flota un momento y nadie sabe donde le impetuó el aire, como el canto que se deshace sin que quede ni aun el eco. Pobre a mi mal Otra mujer en quien yo loco y amante, fijé mis amores y que no puedo quererme porque pertenecí á otro, y á un hombre con quien me unen lazos que se son los del prójimo que pueden relajarse, sino los de la amistad que abogan con voz poderosa cualquier pasión que in tempestiva se levante en nuestro cerebro; y horrible consuelo el que queda sin poder decir mas que esa mujer no me pertenece, porque he llegado tarde, porque otro hombre ha tenido la suerte de pensar antes que yo lo que despues he pensado; porque se lo he dicho antes, y porque ha venido á tener un vacío que estaba destinado á un hombre, y él ha tenido la suerte de ser el primero; gran consuelo ver la felicidad ajena á costa de la mia, todo por dos minutos, ó dos horas ó dos dias; porque si hubiera arrojado antes, yo hubiera triunfado, gran pasión la que no tiene mas morita que el llevarla adelante, amor mas parecido á una carrera de caballos que á otra cosa, amor hoy legítimo, incomparable, inmenso, y que quizás algun dia será pequeño y mezquino como todo lo humano, mujer que hoy halaga al hombre que le ha dicho yo te amo, y mañana sonreirá á otro hombre que llegue á tiempo; pues bien, yo procuraré llegar antes que nadie, yo me presentaré á esa mujer dentro de algun tiempo, así que la unen á mi amigo vinculos que debo respetar: yo volveré confiado en su incostancia, yo le aplicaré mi máxima favorita; no desanoy, me queda un gran recurso, él de no olvidarla para ahora para poder entrar á competir ese amor á mas mínimo nublado que haya en él, y los hay; amando, porque es cierto el dicho de un poeta (1).

El amor de las niñas
es como el cielo,
tan azul en verano
como en invierno.
Pero un nublado
le oscurece en invierno
como en verano.

Les te que lei estos versos en un album, los he creído complemento de mi Vuelvo, yo volveré, yo solicitaré tu amor Luisa hechicera, cuando el ingrato Rafael te olvide, cuando nadie se atreva á calmar tus dolores de miedo, que por despaño ajes su corazón; yo amante resignado, Luisa mia, volveré de nuevo los ojos á tí, y entonces veré coronado tu amor, calmadas tus penas, secas tus lágrimas, y tu corazón renacido á la dicha y á la esperanza, con un nuevo amor tan feliz como el cielo, y para cuyo azul no habrá nublado ninguno que lo os oscure.

Y acabando estas frases dió un suspiro, se acurrucó en la cama, procuró reconciliar el sueño, dejó á correr y vagar su imaginación por los espacios vacíos de la lucidez.

IV.

AUN HAY OTRA.

Preparaba la tertulia que por la noche se tenia en casa de Luisa una muchacha, que aunque no de una belleza tan perfecta como

la de esta, hubiera podido entrar á competir con ella, segura de sacar algunos votos en pró y de obtener mayoría absoluta, sobre todo en los salones donde se baila, se juega, se charla y se ama.

Porque Enriqueta era muy bonita, mas que bonita tenía esa gracia encantadora que anima los ojos y hace esos pliegues tan diminutos y tan divinos en los labios de las mujeres, cuyo principal adorno es la sonrisa.

Enriqueta era bulliciosa, juguetona y maliciosa: habia comprendido en dos dias que Luisa estaba enamorada de Rafael, y aunque algunas veces les habia hecho rabiár, ayudaba cuanto podia á su amiga.

Habia tambien comprendido á primera vista que Juan era un tipo extraño, de esos que se fraguan un mundo en la cabeza al mas pequeño suceso; que tambien le hacia gracia Luisa, solo porque Rafael la amaba, y que se hacia mas desgraciado de lo que era por su modo de ver las cosas; mas de una vez se propuso divertirse á costa de Juan, y aunque no habia realizado ninguno de los proyectos que contra él se habia fraguado, no por eso dejaba de meditarlos de vez en cuando.



Banderas cristianas que se hallaron en la memorable batalla de las Navas de Tolosa.

Nosotros, que tenemos motivos para conocer mas á fondo el carácter de Juan, podemos añadir que la jóven Enriqueta no se habia engañado, y que Juan la hubiera amado á ella tambien si algun dia se hubiera podido sospechar que otro hombre pensaba en aquella mujer.

Quizás Enriqueta deseara que Juan la dijera algo al contar sus abries floridos y al ver marchitarse sus 20 años sin haber oido nunca palabras amorosas, lo cual es muy posible, pero Juan no se habia dado por entendido.

Llegó Rafael á la tarde siguiente del dia en que tuvo el diálogo con Juan al salir de la casa de Luisa, y se halló á esta con su amiga Enriqueta muy en conversacion. Despues de saludarla y de las primeras palabras de costumbre, lez contó todo lo que con Juan habia hablado y el maravilloso modo que éste tenia de entender la moral, cuento que se recibió con grandes carcajadas, sobre todo por parte de Enriqueta, á quien hizo mucha gracia el cuento de los amores de Juan.

Apenas se retiró la traviesa muchacha á su casa, se metió en su cuarto y se puso á fraguarse un plan para reírse un poco á costa de Juan y armarle un lío, como suele decirse.

Efectivamente, Enriqueta cogió una pluma, y despues de un rato de meditacion, escribió en medio de algunas risas suya la siguiente epistola, que se apresuró á mandar á Juan para gozarse cuanto antes en su triunfo: la epistola de Luisa decía así:

«Recuerda Vd. una mujer á quien se atrevió Vd. á declararse en un baile? Una mujer á quien dijo Vd. en medio de otras frases que le dictaba al despaño por las negativas que habia Vd. recibido? ¿Vuelvo? Pues esa mujer desea hablarle á Vd. hoy á la caída de la

tarde en la plazoleta del hosque de Castaños, que está al final de la posesion llamada Valdera. Discrecion y silencio.

Hoy 20.

Apenas leyó Juan esta carta, en virtud de la asociación de ideas, se dibujó en su mente la figura encantadora de Carolina, de aquella mujer casada á quien se habia declarado en un baile, la que le habia dado calabazas á las primeras de cambio, porque hacia dos meses que habia contraido matrimonio con un hombre á quien queria mucho, y que hoy se hallaba habitando el campo como él, viviendo quizás á dos pasos de su casa, puesto que designaba por punto de cita la posesion que habitaba Luisa, y en la plazoleta de los Castaños donde habia visto á Rafael amar á Luisa, á Enriqueta en quien no habia parado nunca la atencion, y donde ni aun por casualidad se habia hallado con Carolina, y de quien no habia oido hablar nunca por aquellos sitios, siendo así que en el campo todo el mundo se conoce.

Pero sin embargo, como la carta tenia esa letra diminuta e incorrecta que caracteriza la de la mujer, como el papel era fino y mas elegante que el que usan los hombres, como tenia un perfume de esos que solo usa la hermosa mitad del género humano, no vaciló un momento en creer de buena fé que solo una mujer como Carolina podia ser la autora de aquel billete.

La leyó y la volvió á leer veinte veces, no queriendo dar crédito á sus ojos de lo que veia, ni á su razon de lo que leia, creyendo que no podia ser él, sin embargo de que solo á él podia dirigirse la carta, el hombre que disfrutara tanta dicha, tanta ventura.

Puede sin inconveniente presentarme á ella, dijo, sea el que quiera el resultado de esta entrevista, siempre le quedará á mi conciencia el consuelo de no haber sido yo el que ha provocado esta cita; ella falla, yo no debo tener inconveniente en aceptar sus proposiciones; y luego cuando la fortuna viene á uno á buscarla á su casa, no aprovechar la ocasión seria de necios, y se resolvió á ir.

AGUSTIN BONNAT.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuacion.)

—Os he dicho, repitió la niña, que el espíritu no estaba aquí; y añadió que el corazón tampoco. Estan uno y otro muy lejos.

—¿Pues dónde están, encantadora hada? preguntó Reginold levantando dulcemente la barba recortada de la careta, cuya faja inmovilidad contrastaba de una manera tan extraña con los dos ojos tan vivos que le miraban.

—Está en Stokolmo á orillas del lago Meier.

—Se dejan en la patria tantas cosas que se aman, que un baile no puede hacerlas olvidar todas.

—Todas las habeis olvidado excepto una. Es verdad que es la mas dulce.

—¿Y cuál, dijo Reginold, interesado cada vez más en aquella conversacion que al principio no creyó que fuese otra cosa que esas habladurias, propiedad de los bailes, como el polvo es propiedad de los caminos reales.

—¿Cuál? ¿Quieres saberlo? preguntó la niña familiarizándose hasta pasar su brazo por debajo del de Reginold.

—Sí, quiero saberlo.

—Lo que no has olvidado es tu amor.

—Es mi injuria, dijo impetuosamente Reginold.

—Habla, pues, adivinando, ¿pensabas aquí en una mujer?

—Sí... y ya no quiero pensar mas en ella.

—Esceleste medio para pensar siempre.

—¡Oh! no, todo se consigue con fuerza de voluntad, y la tendrás. Se libra uno de la tiranía de un amor que no es mas que una larga ilusión...

—Te han hecho, pues, traicion! dijo la niña con el tono de compas con mar cómico.

—Sí, pero me vengaré.

—¿De quién? ¿de vuestro rival?

—¡Oh! no... no es imposible... ese rival...

—¿No es como otro cualquiera?

Reginold se calló.

—Así que, replicó la niña, ¿aun no te has vengado?...

—Comprendo tu impaciencia.

—Nadie puede comprenderla.

—Exageraciones de poeta y de amante!

—Estado real de mi corazón. Amo mucho al rey, pero creo que daré en amistad por tenerle de mi brazo durante diez minutos como te tengo... darme mi vida, y sin embargo, no quisiera ni por mucho per-

derla antes de haber descubierto un misterio de nacimiento... daría cuantas alegrías hay en mi pasado, cuanta gloria me reservó el porvenir por tenerla aquí durante diez minutos.

—¿Qué le dirías?

—Estaría ella mas pálida y mas muerta que lo está esa careta de cera que cubre tu rostro cuando me hubiese oido.

—Día llegaré en que la vuelvas á ver.

—Un soldado en nada puede esperar con certeza. Me mataron dos caballos el otro día al batirme con los dinamarqueses, otro día matarán el ginete á mi caballo. Y morir sin haberla confundido, humillado, aplastado bajo el peso de sus menhiras!...

—¿Quieres verla?

Tampoco creyó Reginold haber oido que añadió:

—Aun cuando ella debiese morir antes de haber dicho: ¡Perdon!

—¿Quieres verla?

—¿A quién? preguntó con aire estavido Reginold.



(Aventuras de un loco coronado.)

—A ella.

—¡A ella!... Pero... Reginold se deluvo, iba á pronunciar el nombre de la condesa de Konigsmarck... Pero repuso, no te comprendo... ella, ella está muy lejos de aquí...

—¿Quieres verla?

—¿Pero dónde? Partiré al instante...

—¿Quieres verla aquí?

—Por el precio que quieras á ese milagro: joyas de oro, adornos... las armas del rey y están abiertas para mí... Las agotaré. ¿Qué quieres?

—¡Ay! soy rica, respondió la niña profundamente afligida por mostrarse incorruptible al oro y los diamantes.

—¿Entonces qué quieres? habla...

—Me has dicho hace un instante que darías tu vida por ver á la condesa?

—¿He dicho la condesa?

—No, pero supongo que es condesa... nada hay de ofensivo en ello... Parado Reginold con aquellas respuesta, dijo á la niña:

—Si he dicho quedarte mi vida por ver á la condesa...

—Has añadido que no querrias, ni por mucho, dejar la vida antes de aclarar un misterio de nacimiento...

—¿Y qué?

—¿Y qué! dime ese misterio, . El oro no puede seducir me, pero lo

estrordinario puede todavía aguantarme, añadió la niña con un acento de lealtad e indiferencia que supo decir admirablemente.

—Pero mi la convence, repuso Reginold.

—Dime lo que sepas de él.

—Pero...

—¿No quieres, pues, venir?

—Te diré todo lo que he sabido... Pero ¡oh! todas estas palabras son bromas del baile que el viento y las danzas llevan lejos, repuso Reginold, son diversiones de un cuarto de hora; plumas locas que se desprenden de los tocados... Vé, encantadora niña, vá a recobrar tu puesto tanto tiempo vuela en medio de esos rigedones, donde te seban de menos y te buscan...

—Creía tu amor y tu venganza cosas más serias, repuso la niña, cuyo tono de sinceridad volvió de nuevo á Reginold á su primer asombro.

—Pero serías maga si me hicieras ver aquí á la condesa, y hace mucho tiempo que no habitan las badas este mundo...

—¿Quieres que te diga lo que ha sucedido durante tu viaje de Suecia á Dinamarca?

—¿Para probar tu magia? ¡Bouito medío! me dirás que ha hecho viento, que la noche ha sido fría; pudo hablar tanto el primero que la vendió!

—Habeis, sin embargo, experimentado accidentes menos comunes en la travesía... Creo que cierta linterna ha estado á pique de perderse en el transito de los *Tres Pasos*.

—¿Sabes eso?

Con pelos y señales.

—Confieso...

—¿Confiesas á creer en mi hechicería?

—Después de todo, dijo Reginold, mil personas de la tripulación, dos mil pueden haberte dado los detalles de ese acontecimiento, del cual casi no sé cómo nos hemos escapado. Así es que esa prueba no es convincente... Han pasado durante esa noche memorables hechos más graves, añadió Reginold arrugando los papeles en su bolsillo, escenas más terribles para el corazón y el alma que para el cuerpo que esas amenazas de naufragio por más siniestras que fuesen.

—Hay papeles... he tocado con rabia unos papeles, pensó la condesa de Koenigsmark, porque no se habrá dudado ni un instante que era ella la que hablaba con Reginold, y esos papeles... son cartas...

—Si, dijo, han debido pasar escenas más terribles sobre el navio durante esa noche... no me atrevería á hablaros de ellas.

—¿Qué sabes, señora?

—El cambio de voz de Reginold mostraba que ya estaba trastornado...

—Esas cartas...

—Y qué! señora esas cartas?...

—Se dice que son cartas de la condesa; lo demás es natural.

—Explicaos, señora.

—Esas cartas que parecen pruebas...

—Qué prueban señora? ¿que prueban con la mayor claridad el carácter sin fé, sin lealtad...

—Dios mío! estáis seguro de que son de ella?

—¿Su letra!...

—¿Cómo si no se falsificasen todas las letras!

—Sus pensamientos!

—Todas las mujeres tienen los mismos pensamientos.

—Pero el que me ha entregado estas cartas es incapaz...

—Sin duda la delicadeza de los reyes en amor se halla bien establecida!

—¿Os he dicho yo que era el rey?

—Nada me habeis dicho... cuidado... soy yo quien os lo digo todo.

—Pues bien, señora consiento en el tratado que me proponeis sin mentar á averiguar el interés que tenéis en contrazar.

—Os he dicho ese interés, la curiosidad; ¡veréis que esto no es nada con una mujer!

—Si consiento en ese tratado, sin embargo...

—¿Pues qué! ¿vaciláis aun?...

—¿Qué me ha entregado el rey con estas cartas? decid.

—Vació la condesa un instante, sin embargo dijo:

—¡Incrédulo!

—Pero decid, decid señora,

—Escéptico!

—Espero, señora, que digáis...

La condesa intentaba penetrar...

—¿Qué, dudáis que sepa?...

—No dudo, pero hablad.

—Eh! ¡Dios mío! el rey si dará esas cartas os ha dado también un retrato...

—Basta, señora, basta exclamó Reginold, estoy convencido... Seais

brava, maga ó no!... firmo bajo presión de honor el pacto que habeis aquí... Enseñadme la condesa de Koenigsmark y...

—Y me diréis todo lo que sabeis sobre vuestro nacimiento.

—Todo... pero vana es mi impaciencia.

—Sin faltar una condicion.

—¿Qué? el esperar me más... por favor, señora.

—¿Os contentareis con ver la condesa á la distancia que es la coloque?...

—¿Pues qué! ¿no he de hablarla?

—Puesto que la vereis...

—Es preciso que la hable señora... pero no me detengais más ó decidme qué todo esto no es más que un juego...

—¿Teneis aun alguna cosa que pedirme?

—Si.

—Concedido; pero concluid.

—Aquí hay dos mil luises en dos bolsillos...

—¿Qué he de hacer de ellos, señora?

—Seguid la pauta de mi tirso; ¿veis allá abajo en la galería lateral mesas de juego?

—Las veo, señora; ¿pero por qué?...

—Veis tambien en derredor de aquellas mesas ocupadas por los jugadores un oficial que con las manos en los bolsillos y aire pensativo, como os he encontrado hace poco, mira ora al cielo, ora al oro reunido sobre los verdes tapices?

—Es un oficial francés, sábio y bravo ingeniero, el caballero Magret...

—Le conozco... tomad esos dos mil luises, ponedlos en vuestro bolsillo y acercaos á él indiferentemente...

—Corriente... ¡en seguida!

No tardará en decirnos que no juega por falta de dinero.

—¡Ah! si señora, tenéis razon en decir que le conozco.

—Cuando se haya quejado muchas veces de ese modo le ofrecereis algunos luises, después algunos más aun, y si pierde siempre ofrecedle hasta que haya perdido las cuarenta mil libras en oro que yo os he dado.

—¿Y después?

—Nada más: la casualidad hará lo demás.

—Me conduciréis ahora cerca de la condesa aun cuando siga dudando hasta el último momento que esté aquí?

—Confiad en mí... id lo primero junto al caballero Magret, aguardad que no será mucho, ó que os haya comprendido que no tiene oro para jugar, prestadle aguardando á que la partida esté bien empeñada entre él y algun jugador, y en un cuarto de hora (todas estas incidencias no durarán arriba de un cuarto de hora) ireis á la cúpula. La cúpula es la última pieza de la galería grande: es un retrato adornado de espejos; en el fondo hay un sofá... sobre él estará sentada la condesa de Koenigsmark...

—¡Ah señora! en verdad que es preciso amar para creer.

—Y creer para amar...

—¿Pero esto es magia?...

—Quién os ha dicho que no lo sea? Cuando todo lo que acabamos de decir se haya cumplido, vendreis á reantrós conningo aquí, donde os esperaré... id ahora á encontrar al caballero Magret...

Reginold y la niña se separaron.

El baile pasaba de su aurora á su medio día: las mujeres contentadas al principio como las flores cuando el sol las toca apenas con su luz horizontal se desplegaban radiosas y brillantes al calor de las hogueras, al soplo ardiente de la música. Atravesó Reginold todos aquellos parterres animados para acercarse al caballero Magret, á quien encontró en efecto muy pensativo, girando sin cesar como un condensado en torno de las mesas de juego sin poder acercarse á ellas. Cada golpe y de envidia. Aspiraba las cartas, devoraba con los ojos los dados. Justamente en el momento en que Reginold se le acercaba el huésped espléndido de la fiesta, el baron de Sandel, venia hácia él diciéndole:

—Espero, caballero, que ya no sentireis no háberme muerto.

Sonriete Magret tendiéndole la mano.

—Al contrario, me complazco en estrecho de veros con tan buena salud...

—Vuestra estocada fué ruda.

—La vuestra tambien fué buena, baron.

—Mejor fué la vuestra, caballero.

—Por otra parte, repuso Magret, se forma una union demasiado fuerte entre dos que han comido hierro juntos.

—Esa es mi opinion, caballero. ¡Ah! pero vos estáis ahí como un centinela junto á esas mesas de juego! ¿Tendrais acaso miedo de tocarlas?

—No... pero... ya veis, señor baron, el placer del baile me atrae... me basta...

—No queréis jugar un poco!

—Ya no juego, señor baron...
 —Ya no jugáis! ¡Es, pues, algun voto hecho á alguna beata, ansiosa de peccaros todo entero!
 —No... no es eso precisamente... pero toda pasión se estingue.
 —La del juego jamás, caballero... me ocultais la verdadera razon de vuestro alejamiento del juego...
 —No... señor baron... que di'cirle pensaba con rabia Megret.
 —No jugarais una partidita conmigo?
 —Muerte é infierno, murmuró cada diente del caballero; perder tan hermosa ocasion de tomar mi revancha!
 —¿No respondeis?
 —La delicadeza, señor baron...
 —De qué delicadeza hablais? Os he ganado en París todo lo que poseais y temeis ganarme en Copenhague algunos puñados de lises?
 —Vesmos... vuestra revancha, caballero... esta mesa está libre...
 —¡Ha Megret á expresar una de las mas dolorosas negativas que haya pronunciado nunca un marit, cuando Regnold le deslió cien lises en la mano.
 Animado de repente el semblante de Megret; sus ojos, empuñados, brillaron como los del galgo en la sombra; las manos de los jugadores tienen ojos y labios y conoció que era oro. Dirigió á Regnold una mirada que quer á decir: pedime un dia que vaya á matar por complaceros al gran turco; éiré al instante.
 —Pues bien, exclamó el caballero Megret con un gesto de abandono perfumado de cortesía, estoy á vuestra disposicion, M. de Sandoval; sentémonos en esta mesa de juego, á la que me haceis el honor de convidarme.
 —¡Bahorabuena, caballero.
 —A vue tros órdenes, baron.
 —Os reconozco en fin...
 —¿Qué querais?
 —Quiero que ganeis.
 —Sois demasiado bueno, señor baron.
 —Vos dais cartas, caballero.

Desde que vió Regnold la partida empeñada entre el baron de Sandoval y el caballero Megret, deslió aún novecientos lises sobre las rodillas de este, que no sabía qué pensar de aquella generosidad fabulosa, y se levantó. Corrió á la capula, lugar de la cita que le habia dado la niña para ver á la condesa de Königsmark ó al menos á la que él miraba siempre como la condesa de Königsmark.

Cuál no fué el asombro de Regnold cuando separando las cortinas y ó una mjer que tomó por la que acababa de dejar apenas hacia un cuarto de hora! El mismo corpiño verde, la misma falda rosa, el mismo peinado; un tirso en la mano. Como las paredes de aquella habitacion estaban ado todas de espejos que acompañaban aquella forma singular, la imagen de la persona sentada sobre el sofá se hallaba reproducida muchas veces. Pero á cualquier lado que se volviese Regnold no podía persuadirse de que la niña del baile no fuese la de la cúpula.

—Pero, señora, vos no sois la condesa de Königsmark?
 —Os equivocais, respondió Georgina quitándose la careta...
 —Sí, sois vos en realidad! exclamó Regnold... esa semejanza del traje con otra persona ha causado mi error... despues, la casualidad (si la casualidad ha hecho pocas semejanzas maravillas) de encontraros aquí cuando os he li jado en Suecia... Pero su So ó realidad, señora, doy gracias á la suerte que me ha puesto en vuestra presencia para que pueda decirlo...
 (Continuad.)

BELLAS ARTES.

Damos cabida con el mayor placer en nuestro periódico á la siguiente carta, que dirige á uno de los escritores de la obra *Recuerdos y Bellezas de España* el dibujante, arqueólogo y editor de la misma D. Francisco Javier Parcerisa, desde la capital del principado de Asturias, donde se hallaba en la época á que la carta se refiere, haciendo estudios y tomando vistas y apuntes de monumentos para el tomo que se está publicando sobre aquella interesantísima provincia. En esta carta se consiguen un descubrimiento arqueológico, cuya noticia debe excitar vivamente el interés de los aficionados á escudriñar las huellas del arte nacional en la cuna de la monarquía restaurada. No es en verdad el primero que la historia de nuestras artes debe á la infatigable laboriosidad de los autores de la publicacion referida; ellos han recogido y publicado los preciosos y venerandos fragmentos de aquella escuadrada poblacion de Medina Azuara, cuya existencia se tenía por perdida. El descubrimiento de que hoy se trata tiene, aun si cabe, más importancia para la historia y el arte de la España cristiana,

SEÑOR D. P. DE M.

Oviedo, 31 de agosto de 1855.

Mi querido amigo: Mucho me alegró de los buenos ratos que D. P. de M. le proporcionan mis apuntes de viaje; celebro tambien hayan sido tan de su gusto las noticias que le di en mi última sobre la solitaria y casi guardada abadía de San Antón de Boto.

No dudo, pues, atendida su afición á las antigüedades, que la lectura de la presente carta le cause una agradable sorpresa.

Yo recordaré Vd. que Fr. Prudencio de Sandoval, en su libro de los cinco obispos, describe el monasterio de San Pedro de Villanueva, detallando menudamente las esculturas de la portada, relativas á la historia ó tradicion de la desgraciada muerte del rey Favila, y llamando además la atención sobre los notables trajes de las figuras.

No habrá Vd. olvidado asimismo que el P. Florez, en una nota al *Viaje santo de Morales*, tratando de dicho monasterio, dice que de las piedras ó esculturas de que habla Sandoval solo se conserva una, de la cual sacó su dibujo para la estampa del tomo primero de las *Reinas Católicas*; lo que parece indicar que con el trascurso de los siglos se habrían desmoronado ó consumido; no reparando este impero, tanto al como muchos que posteriormente han visitado este monumento, una particularidad que salta á los ojos, y es que en toda la portada no se vea de menús piedra alguna, presentándose como acabada de ayer.

Esta observacion, que no se escapó á nuestro amigo Cuadrado en su viaje de 1852, le decidió, como á otros, á negar que hubiesen existido jamás tales esculturas, fundándose asimismo en la podgrusa razon de que, en caso de haberse caido ó de que las hubiesen quitado, se conocerian los huecos ó bien los adornos anejos que en su lugar se hubiesen puesto.

Grandes eran mis deseos de ver con claridad en este caso de contradicciones; llegó por fin el día deseado, vi efectivamente la portada, al parecer intacta, y sin embargo, nada de las tan apetecidas esculturas, exceptuando la indicada por Florez.

Con todo: no pude persuadirme de que el respetable Sandoval, que tan fielmente habia descrito el relabio de San Millán de la Cogolla, hubiese podido faltar á la verdad hasta el punto de detallar minuciosamente y como testigo de vista lo que nunca hubiese existido.

En estas dudas andaba yo fluctuando, cuando llamaron mi atencion algunos sillares de un arco moderno pegado á la misma portada y que sostiene el campanario. Parecióme además que el de la puerta ocupado de labores en todo su grueso, no debía acabar tan mesquinamente como con un simple cordoneillo; esto, unido á otras particularidades, me hizo concebir la sospecha de que, al construir la pesada torre del siglo XV, debieron cometer algun acto de vandalismo.

Deseo, pues, de aclarar mis dudas, espúselas al señor cura párroco D. Antonio Carahera, así como el deseo de arrancar y reponer á mi costa algun sillar del arco de la moderna torre, y participando dicho señor de mi curiosidad, no encontró inconveniente en hacerlo, y aun ayudó en cuanto pudo.

No bien habia saltado la primera piedra, cuando se realizaron mis esperanzas, apareciendo en un magnífico capitel las dos figuras abrazadas y besándose, que describe Sandoval; pero hársenamente rotas aquel en su parte inferior para sentar el malhadado sillar.

Animado, pues, por este buen resultado, seguí con mas afán la comenzada tarea, seguro como estaba de que en nada se perjudicaba á la solidez de la mencionada torre; pero lo malo era que detrás de los sillares venia una gruesa pared de cal y canto muy difícil de derribar. Ya comprendiera Vd. que la operacion no era un derribo en regla, sino profundizar en un ángulo una abertura paralela á la linea de la portada.

Por fin, á fuerza de tiempo y paciencia, tuvimos la gran satisfaccion de ver aparecer y de contemplar con nuestros propios ojos un precioso cuadro de relieve con el rey á caballo, el azoren en el puño, y la reina á pie abrazada á él como despidiéndose. Los trajes son curiosos, y los verá Vd. en la lámina que voy á fotografiar en cuanto llegase á la corte.

En seguida mandé practicar otra abertura mas arriba, á fin de descubrir el remate del arco principal, con la cual pudo ver que consistía en una grandiosa greca ó zigzag, cuyas labores salientes picaron completamente para sentar más á gusto los modernos sillares.

No dudo, querido amigo, que á la lectura de la presente habrá Vd. participado de mi alegría, así como tambien de la satisfaccion de ver renovada y ratificada una poética tradicion por medio de estas esculturas, ignoradas de todos por espacio de docecientos años próximamente, vindicando al mismo tiempo la buena memoria y veracidad del historiador Sandoval.

Debo decirle que todo lo descrito es un costado de la portada, comprendiéndose fácilmente que en el otro correspondian iguales adornos con los demás pasos que describe el autor últimamente citado. Pero como al avimar la desgraciada torre no lo hicieron en línea paralela á

la puerta, resultó que de un lado derrubieron las labores y buen trozo de muro, empostrando en él uno de los machones, y en el otro no llega éste á la pared de la portada con media vara, por lo que lo prolongaron hasta dar con las esculturas, resultando de todo, que el arco de la torre del siglo XVII quedó sirviendo de marco á la linda puerta del XII, detrás del cual quedaron escondidas, mutiladas y aun destrozadas todas las labores que escedieron los límites de tan indecorosa guardación. Lástima y rabia dá ver tal desacato y profanación por hombres que en su época pasaron por sábios; y que, á fuer de maestros de la escuela llamada del *buen gusto*, destrozaron cuantas poéticas creaciones cayeron en sus manos para ajustarias á la *buena arquitectura de regla y compás*.

Gracias, pues, que nos dejaran lo que hoy admiramos en dicha portada y no la sustituyeran con la rutinaria decoración de dos ó cuatro columnas, sosteniendo un simple frontoncillo con sus acróteras.

¡Pobre San Pedro de Villanueva! La reforma de los iconoclastas pelucopos no se contentó con el exterior, sino que echó abajo todo el cuerpo de la iglesia, cambiando sus tres naves de sillería por dos desahucadas y lisas paredes, salvándose únicamente y como por milagro la capilla mayor y las laterales. Por la lámina de este trozo que le incluyo podrá apreciar lo que sería todo el templo. Del claustro bizantino solo dejaron tres arcos interiores; entrada seguramente á la antigua sala capitular, reemplazando dicho claustro con uno de gruesos y bajos pilares con arcos rebajados y un segundo cuerpo por el mismo corte.

Las sepulturas fueron violadas, sirviendo tres grandiosas tapas con relieves bizantinos, de jambas y dintel á la puerta de la antes bodega de los monjes, situada en el mismo claustro. Una antigua pila bautismal regalada al monasterio por los bienhechores Juan y Marta en el siglo XII, como consta de una inscripción de la misma, despreciada también por los rincones de que *remozaron* el edificio. Esta tuvo la bondad de trasladarla hace algunos años á la capilla de su casa de Cangas de Onís, el señor don N. Cortés, y á esto tal vez se deba su conservación. Podrá Vd. hacerse cargo de ella en el dicho dibujo de la capilla mayor, donde la he colocado como accesorio.

Sin embargo que la presente pasa ya de los límites epistolares, no quiero cevarla sin indicarle al menos alguno de los chistosos accidentes que pasaron. Atendida la malicia ó sencillez, si se quiere de la gente campesina, y su afán en soñar riquezas, podrá Vd. hacerse cargo de la interpretación que desde luego se dió á nuestras investigaciones. No hubo palabras que pudieran disuadirles de la idea de que buscáramos un tesoro, y á esta voz acudían las gentes como llovidas, pero lo crítico fué el segundo día, pues al ver nuestras demostraciones de júbilo por la aparición de la cabeza del caballo, corrió como un relámpago la voz de *ya han topado un caballo de oro!* Basta decirle que tuvo que tomar parte la justicia de la inmediata villa de Cangas de Onís, ya para desengañar á los visionarios, como para frustrar, según se supo, los planes de algunos que, prevenidos con herramientas, intentaban por la noche, con espionaje de un hundimiento, destrozár el muro, á fin de anticipársenos en el botín.

Ultimamente, las buenas razones de dichas autoridades y de algunos vecinos ilustrados, y el mismo descubrimiento visto con mas calma, lograron apaciguar los ánimos, llegando á convencerse y hasta conocer que el hallazgo era en realidad un tesoro, pero no de metal codiciado; sino histórico y de piedra, y aun opinaron y determinaron que no se volvieran á tapar, quedando así á vista de todos.

Hasta, pues, por hoy: lo que resta será de palabra. Mañana parto para el monasterio de Obona, donde no sé si encontraré algun resto de los remotos tiempos de su fundador Adelgaster; si he de juzgar por la demolición de cuanto llevo visitado en Asturias, harlo lo dudo: ¡cosa rara! En ninguna provincia he visto mas destrozos, al paso que ninguna ha tenido mas medios de conocer y apreciar sus bellezas monumentales, pues como Vd. sabe, los mas selectos escritores de nuestra patria, casi desde los tiempos de la invasión sarracena hasta nuestros días, se han ocupado de su descripción con entusiasmo.

Quedo en escribirle desde Obona; interin, consérvese Vd. bueno y con expresiones á los amigos se repite de Vd. este muy soyo

FRANCISCO PARCERISA.

ESTRELLA.

Donde hubo fuego
cenizas quedan.

Doña Práxida
que es hoy condesa,
en sus principios
fué verdatera;

y aunque á las gentes
con quien alterna,
sus *terceros años*
jamás recuerda,
se apen á veces
por las orejas,
y en los salones
habla de herzas.
—Donde hubo fuego
cenizas quedan.

La mojígata
Doña Hemeteria
fué cuando jóven
muy píjuelita;
y hoy por las calles
anda tan seria,
que los muchachos
corren al verla;
pero con todo,
si la requiebran,
de puro gusto
se tambalea.
—Donde hubo fuego
cenizas quedan.

Quando era mozo
sin esperiencia,
grandes consejos
me dió mi abuela:
asi, aunque luego
por ir con hembras
hiceme tonto de sie u bobias,
reuerdo mucho
sus moralejas
y me arrepiento
de ser tronera.
—Donde hubo fuego
cenizas quedan.

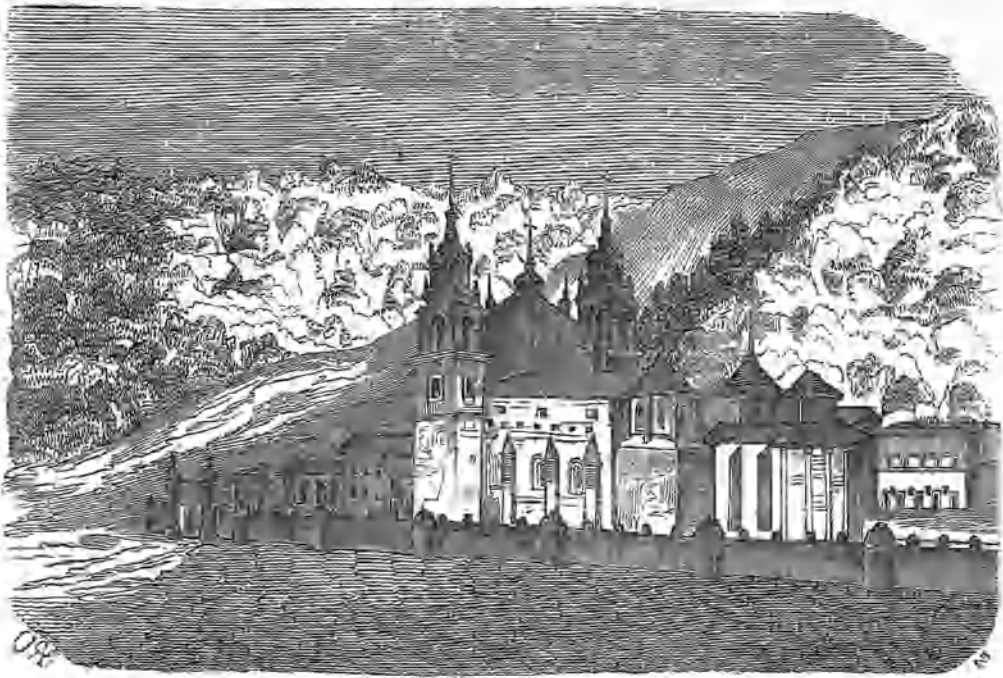
Mi linda esposa
cuando soltera,
por un villérez
estuvo lela:
llegué yo un dia,
miróme tierna
y echó al mocito
de su presencia.
Yo sin embargo
cuando él la encuentra
digo temblando
por mi cabeza:
—Donde hubo fuego
cenizas quedan.

No há muchos años
que Lúcas era
mas dado al vino
que una badega;
luego á sus padres
hizo promesa
de no probarlo
ni Valdepeñas;
pero aunque el mozo
no va á Crimea,
trajo hace poco
dos *turcas* presas.
—Donde hubo fuego
cenizas quedan.

V. MARTINEZ MULLER.



Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.



VISTA LATERAL DEL EX-MONASTERIO DE LA ESPINA.

EL EX-MONASTERIO DE LA ESPINA.

PARTE HISTÓRICA.

La institución de las profesiones monásticas se comprenden bien, remontándose al estado de la sociedad en aquellos lejanos y tenebrosos tiempos. A contar, pues, desde la irrupción de los pueblos septentrionales que disolvió los estados, que se mantenían á la sombra del Imperio Romano, el occidente fué por mucho espacio de años un campo de trastornos, discordias y tinieblas, donde no quedó mas elemento en pie, como árbitro y absoluto regulador de los destinos humanos, que la fe en todos sus aspectos y aplicaciones. Es una consecuencia natural de aquella gran resolución social y política y moral. Rota la antigua organización del mundo latino, abolidas sus instituciones, corrompida su civilización y oscurecidas hasta sus tradiciones por el torbellino de la conquista, los bárbaros nada traían de sus bosques, para reemplazar el derrumbado edificio, mas que la monarquía feudal, producto íntimo y genuino del derecho de los mas fuertes. Semejante impartación no bastaba, ni podía bastar, para responder á las condiciones de aquella heterogénea y solevantada asociación. Porque si bien las tribus escandinavas, esas razas primitivas, á quienes se podía acomodar la férula de la espada, no así las antiguas provincias imperiales, que ya eran pueblos mas ó menos aleccionados, y habían visto algo mas que los reyes de aduar y barones de campamento. Así es, que desde la instalación de los conquistadores Germánicos osciló siglos enteros la Europa moderna en un estado de violencia y anárquica competición, donde todo se resumía en la fórmula marcial. Fué aquello como una especie de prolija y laboriosa gestación, para producir á su tiempo y con la madurez de los sucesos, la moderna organización. En aquel período las leyes eran agresivas y casi nulas; las ciencias se habían limitado á Bizancio ante el aspecto feroz de los nuevos señores del mundo; la moral venía ya viciada desde el envilecimiento de Roma en las abominaciones del paganismo; las costumbres, hijas necesarias de aquella, adolecían de la relajación de sus principios; enardecieronse los instintos y sentimientos al choque acre de las vicisitudes, y no había, en suma, incólume y eficaz ninguno de los grandes medios de sociabilidad y régimen público. Pero venía obrando en medio de todo sobre la reconstrucción social, y ganando terreno día por día un prin-

cipio soberano, que guardaba en sí todos los tesoros del porvenir. El cristianismo sobrevivió á la ruina del Orbe Casáreo, y fué el cardinal elemento, destinado á reorganizar la humanidad.

Le vemos empezar por apoderarse del espíritu de las nuevas generaciones; plantando la cruz entre las tiendas de la guerra; le vemos salir victoriosamente al paso á los desafueros de la fuerza bruta, y suavizar la crudeza de aquellos selváticos dominadores; y le vemos dar los cánones de Toledo y las capitulares de Cárlo Magno, erigiéndose en móvil de las legislaciones y valiéndose de la acción religiosa para dirigir la acción política. No es, pues, extraño que en medio de la oscuridad y agitación de aquel tiempo, algunos hombres, bien por cansancio de los públicos valvenes, ó gastados por las hondas emociones de una vida feroz, bien por espíritu dulce y puro compatible con el estruendo y dureza de las guerras, ó bien sacos por las aspiraciones misteriosas de una inteligencia superior al siglo, volvieran los ojos ávidos de esperanza y calma, hácia una creencia virgen que llama al hombre á supremos destinos, que venia emancipando, ennobleciendo y civilizando la humanidad, rompiendo las cadenas de esclavitud, igualando á las criaturas, y predicando la concordia, la exaltación de los humildes y la tutela de los débiles. Los que así pensaban, tuvieron necesidad de apartarse de una sociedad, en la que estaban en esencial y absoluto divorcio, y que les arrojaba de su seno mas ó menos directamente. Esta razon característica y psicológica de aquel tiempo, hizo prosélitos á los albergues monásticos, donde la fe recibía á los fugitivos de los desabrincamientos mundanales; formaba hombres para su misión, y mantenía residuos de instrucción. Entre los varones distinguidos que se consagraron á la vocación monástica, la figura histórica de San Bernardo descuella en los nebulosos horizontes de la edad media. Y uno de los monumentos de que su intuición y mediación dotaron á la cristiandad, fué el *monasterio de La Espina*, que llegó á ser una de las casas mas poderosas de la órden del Cister.

Reinando el emperador y rey D. Alfonso VII su nieta, la infanta doña Sancha, hija del conde D. Ramon de Borgoña, virya soltera y abstraída del mundo en cierto sitio real de recreo, que había pertenecido al patrimonio de los reyes de Leon y Castilla, y que poseía cerca de sus lugares de *San Pedro del Espino* y *Santa Maria de Aborridos*, en medio de las esperanzas de *Torosos*, y parte de sus cordilleras que media entre *Castramonte* y *San Cebrian*. Esta señora hizo romería á Jerusalén, regresando por Roma, donde Inocencio III la regaló un pedazo de la Vera-cruz con otras santas reliquias. Pasó luego á Francia, y conociendo á San Bernardo, le pidió morjet para

fundar en España un monasterio; y habiendo el patriarca accedido á ello, curó con la princesa á su hermano menor San Nibardo, para elegir el sitio, trazar el edificio y dar orden en la erección. Durante su estancia en París visitó doña Sancha la real abadía de San Dionisio, y habiéndola manifestado allí gran parte de la corona de Cristo, trajo desde Constantinopla por Carlo Magno, instó á su sobrina doña Constantina, esposa de Luis VII el Joven, que obtuviese del rey para ella algún fragmento de tan preciosa reliquia, en la cual vino el monarca, haciendo cortar una de las espigas, que esbozó y recitó la infanta. Llegado que hubo á Castilla, muy gozosa con tales cosas, y ya en su regia morada, trajo San Nibardo el monasterio, conforme al de Clunay (cuya filiación había de llevar) y se dió principio á las obras; siguiendo después la fábrica de lo que está al occidente de la iglesia. Para el efecto la infanta otorgó á San Bernardo donación de la heredad de los expresados lugares, con todos sus términos y montes, *vasallos, viñas, prados y demás apromanchamientos*, á 13 días de las Kalendas de Febrero, era 1165 (5 de Febrero del año 1147) en cuyo documento se lee, entre otras cosas, que cualquier transgresor del privilegio *peccet in quodlibet millibus libris auris purissimis, et insuper sit maledictus, et sicut Datan et Abiron cum terram observat... Amen.*

Y entre las firmas de los testigos se encuentra la de *Rufo Diaz de Vitor*, que suscribe con esta gloriosa y sencilla fórmula: *cto vestras coeva*. Este autógrafo dá al acto un valor inmenso á los ojos de los admiradores de los millos.

El primer nombre de la casa fué *San Pedro de la Espina*, que tomó de sus principales reliquias, y conservó mas de cuatrocientos años. Después se llamó *Santa María*, porque en uno de los pueblitos del contorno había cierta iglesia, así llamada, y cuando se despobló, fué destruida, y traido aquí su retablo é imagen, que tuvo colocación en el altar del templo monacal. Acabada la edificación del monasterio en dos años próximamente (1148), vinieron á principios del siguiente los monjes enviados de Clunay por San Bernardo, y entre ellos el venerable padre D. Balduino, por primer abad, á quien la infanta entregó el edificio con la donación y posesión de sus pertenencias; que el emperador confirmó á 6 de Abril de 1148, por su real privilegio, redactado en baja latinidad, y del cual tomamos como mas notables los pasajes siguientes:

Dono spontanea voluntate totum quod habeo vel habere deheo in Sancto Petro de Spina et in Sancta Maria de Aborridis, et infra términos eorum et isto villa desertae iacent inter Sanctum Ciprianum de Mozalla et Castromante. Dono niquam sicut donavit eis soror mea Sancta Infancia, et determinavit... in manibus et vallibus et pratis et pascuis et in omnibus aliis pertinentiis suis, quocumque loco fuerint et eas potuerint invenire... et ipsas cum vicis que ibi fuerint, omni tempore, ubi aliqua infestatione atque gravamine possideant, et adque omnium hominum contradicere... Si quis vero in posterum de isto vel de aliquo genero huiusmodi donationis pagina sciens, et contraveniat et eam dissipaverit, sit a Deo maledictus, et in inferno cum Juda traditor sine fine damnatus; et persolvat regia parvo vice milia marasiminos, et duplatum in menel, et restitut prelati monachi quid quid invasserit: facta carta Corvora octavo idus Aprilis, era M. C. Lecc. vij.º

Dijo Fernando I confirmó la donación de su padre D. Alfonso, por privilegio dado en Leon, año de 1162; y D. Fernando III hizo lo mismo por otro de 1220, expedido en Valladolid; luego por Alfonso de 1235 ratifica los privilegios reales y pontificales, y la ratificó en Talavera por el de 1223. La primera bula pontificia fué de Alejandro III.

La segunda época histórica del monasterio fecha desde su reconstrucción á contar desde 1275. Dió principio á ella el ilustre señor don Martín Alfonso de Albuquerque, por la reconstrucción de la iglesia, siguiendo hasta el de 1293, que fué leció en Zamora, fallando aun dos ó tres capillas de la nave mayor. En su testamento dispuso la conclusión de las obras, dejando al efecto las haciendas de Palacios de Meneses y San Cebrían y encomendándolas á su sobrino y sucesor el segundo infante de Molina, D. Alfonso que no se curó de su desempeño, porque los bienes destinados para el gasto estaban lejos y se habían de vender; ó á lo que parece mas verosímil, porque no le daban espacio para ello los negocios y andanzas de la corte y del gobierno, en que andaba por demás agobiado, como valido y aconsejador de las reyes y árbitro de las cosas públicas. Así es que la fábrica estuvo suspendida mas de cincuenta años, hasta que D. Juan Alfonso, hijo del infante puso manos en ella, gastando diez y nueve años en la terminación del edificio.

Este monasterio fué claustral y de abadía perpétua, y se redujo á la obediencia de Castilla, dejando la dependencia del Cister, en 1485; habiendo tenido desde entonces, hasta su supresión en 1836, ciento diez y seis abades. Los señores de Albuquerque se titularon patronos desde la reconstrucción; pero D. Felipe V. reintegró el monasterio al real patronato, por cédula expedida en Aranjuez á 5 de Abril de 1759. Fué entrado á saco, por fuerza de armas, en 1504, con motivo de las

guerras entre los infantes D. Juan y D. Alfonso, sobre la sucesión del reino, en la minoría de don Fernando IV. Devastado en 1751, por un gran incendio, que le produjo una pérdida valuada en 1.554.555 reales hubo necesidad de proceder á la reconstrucción de la parte destruida; y se dió principio á ella en 1.º de Agosto hasta 30 de Diciembre de dicho año. Continuó desde 1753 en 16 de Mayo; se suspendió momentáneamente y tornó á seguir esa vía alternativa hasta 1755, á costa de limosnas y otros recursos de la casa.

Desde su fundación estuvo el monasterio bien dotado, y fueron prosperando sus riquezas, hasta hacerse uno de los mas opulentos de la orden. Tenia el señorío de los expresados pueblos de San Pedro y Santa María del Valdealfon ó villa del abad, Carcarejos y Casasola, y de las granjas de San Juan de Villa-Piñata, San Andrés de Castanillos y Morojos; y su término patria lindes con siete pueblos á la redonda. En el coto ejercía jurisdicción y nombraba alcalde del estado civil, teniendo aljardes en sus alcañales el rollo de justicia feudal, símbolo trágico de los antiguos señores de horca y cuchillo, en aquellas incultas y desazonagadas edades. Luego los monjes fueron haciéndose enemigos á los colonos y despoblaron los lugares, porque aquellos se aprovechaban de los pastos y caza, y se alzaban contra el monasterio. Y quedando solo Valdealfon, con pleito contra la casa, vino D. Fray Bartolomé Enriquez, abad y reformador, con valimiento de su sobrino el almirante D. Luis, y llevando gente de Medina de Rioseco, entró á vias de hecho por el lugar, en 1536, y destruyó todas las casas, quedándoles yerros. Acto inhumano y bárbaro digno de perpétua reprobación, y mucho mas en un ministro de la religión consagrado á la mansuetudine, á la concordia y á la humildad.

Por consecuencia de la esclaustración fué suajenado el edificio con su coto y término que comprende cinco mil y quinientas fanegas de tierra, (cualdad larga del bosque) con sus dependencias del caserío de la Granja, antiguo priorato, y el fuerte, donde habitaba el prior del monte en la suma de 3.700.000 rs: que actualmente se halla destinados á los usos de la agricultura.

¡Oh fabula del tiempo!... (1)

V. GARCIA ESCOBAR.

¡VUELVO!

HISTORIA DE UNOS AMORES.

(Conclusion.)

V.

EL BOSQUE DE CASTAÑOS.

Emperaba el sol á hundirse detrás de las colinas que cierran el paisaje en que nos hallamos: de vez en cuando la brisa espasiva de la tarde sopaba con grato murmullo por entre las ramas de los castaños, llevándose á su paso las hojas secas que flotaban un momento en el espacio, y venían á confundirse con el torbellino de las que yacían en el suelo separadas del tronco á quien en otro tiempo prestaron adorno y lujo; oíanse los acompasados chirridos de los insectos veraniegos, y por momentos el chillido agudo de los murciélagos, que en bandadas giraban en círculos cobardícos persiguiendo los mosquitos que volaban en torno de los árboles.

Nada turbaba el silencio espasivo de aquel bosque sino los murmullos que acabamos de describir, cuando llegó Juan á la plazoleta designada, con el alma un tanto escitadita, la mente no muy tranquila; y el corazón palpitando de continuo.

No habia nadie; él creyó que sería temprano y aguardó: hacia media hora que estaba allí sentado, solo y meditando en el mismo sitio en que se colocó á su llegada; no habiéndose adivinado ni aun á moverse, de miedo que el ruido de sus pasos le impidiera oír la llamada de la que esperaba, cuando sintió pisar sobre las hojas, y el ruido de sus pasos muy ligeros. Apretósele el corazón. Empezaron á labirle las aloneras y á unirsele la garganta, cuando creyó oír que los pasos habían cesado; efectivamente reinaba el mas profundo silencio. Los pasos volvieron á oírse mas cerca, y el ruido cesó al poco tiempo. En el momento en que Juan creía oírlos cerca de sí: los pasos cesaron, pero se le figuró oír detrás de su asiento que las ramas de las arces y helechos del bosque se movían, se levantó maquinalmente, y lleno de júbilo fué á acercarse, y entre los matagales vió clara y distintamente una figura de mujer que huía, y bastante en prisa, porque sus pasos se perdían, saltó del sitio donde estaba, salió á correr por donde la figura se había ido, salió al lindero del bosque y no vió nada, escuchó, no se oía ni unguá ruido.

(1) Boje. Italia.

Confuso con esta escena, empezó á revolver el bosque interminable por sus sinuosas y torcidas calles, y sus pesquises fueron vanas, como si la mujer que él había visto hubiera brotado de entre las plantas y se hubiera perdido en el espacio; nada demostraba haber pasado por allí mujer alguna, entonces se volvió á la plazoleta muy meditabundo, á esperar el resultado de aquello.

Si Juan se hubiera estado quieto en su sitio, quizás hubiera adivinado una tarde comprimida, que sonó aunque débilmente, pero como empezó á fantasear por el sitio opuesto en que la mujer aparecida estaba, se llenó la cabeza de ideas vagas, de ilusiones, de ensueños sin poderse explicar lo que tan natural era, y lo que tan fácilmente se esgliciera si hubiera obrado con más prudencia. El hombre se pierde siempre por imprudente.

Al volver á la plazoleta la halló vacía, la noche cubría con sus sombras el bosque, apenas se distinguían los troncos un poco lejanos, porque envueltos en la oscuridad, el resplandor de las estrellas no era bastante para dibujar los contornos, ni para iluminarlos, haciendo se destacaran por claro de la masa confusa de los matorrales del bosque.

Estuvo esperando un rato, pero como ya era de noche y la cita había sido á la caída de la tarde, y ya se oían las notas roncacas y fúnebres del pájaro de las linieblas, Juan creyó que era prudente alejarse de aquel sitio y esperar más datos para poder partir con seguridad, y buscar él á Carolina, dado caso que Carolina no pudiera buscarle á él.

Se retiró hacia su casa, con la frente baja, el humor no muy risueño, y la mente algo turbada; cuando al cruzar por la calle de Acacias y tiles que guiaba como sabemos, desde la casa de Luisa, el camino, oyó hablar por lo bajo, prestó oídos, se acercó al sitio de donde salía el murmullo, y habló á Rafael, á Luisa y á Enriqueta; torció la senda por no ser testigo de aquella felicidad que le molestaba, porque la envidiaba, y halló mas allá á las respectivas familias de las muchachas que acababa de ver.

Todos son felices, dijo y volvió á echar á andar; iba meditando en su desdicha pasada, en la presente, y lamentándose de la futura; cuando notó que por detrás le daba en el hombro una mano con tal suavidad, que solo á una mujer podía pertenecer.

Volvióse murmurando Carolina, cuando se halló con Enriqueta, que como estaba en acecho le había visto pasar y había corrido detrás de él con ánimo de distraerle de sus meditaciones.

—Con que se iba V. sin decirnos nada, murmuró Enriqueta?

—Ya ignoraba que Vds. estuviesen...

—Bien, bien, venga V. y está V. perdonado, quélese V. un rato con nosotros, y se la llevó, sin que él pudiera negarse á ser testigo de la felicidad de Luisa y de Rafael.

Por eso escuchaba por la noche al hallarse solo en su cuarto, Rafael, qué feliz eres, Luisa, qué trágica, la constancia me está matando; pero quién sabe: quizá algún día... y entonces vuelvo yo entusiasmado y feliz. Aquella noche se durmió murmurando sus labios el nombre de Carolina; sin embargo, á pesar de haber sido la última idea que le pasó por la cabeza y de haberse dormido pensando en ella, la olvidó dormido, no se acordó del bosque ni de la aparición de la mujer misteriosa, ni del baile donde conoció á Carolina: aquella noche soñó con Luisa y la vió mas bonita que nunca enamorada de él, y vió á Rafael esperando á una desconocida en el bosque famoso de los Castaños.

VI

DATOS Y NOTICIAS.

Juan, á quien los sucesos que hemos descrito tenían sumamente intrigado, resolvió ver á Rafael, y á Luisa y á Enriqueta, y por medio de rodeos y de indirectas averiguar si efectivamente Carolina vivía en el campo, y en este caso averiguar el sitio para cerciorarse de que la carta aquella que había recibido no era una burla, pues el suceso del bosque de los Castaños le había dejado meditabundo.

Así fué que apenas se levantó se encaminó á casa de Luisa, seguro de hallar allí á Rafael, porque sabía que éste iba á pasar todos los días á plé á caballo, y que á su vuelta hablaba con Luisa, autorizado por la madre de esta.

Lo primero que Juan halló en el jardín de casa de Luisa, fué á Enriqueta que se entretenía en hacer un ramo de flores, eligiendo como sus mariposas las que más le agradaban, y dejando las demás sin el-quiera detenerse á mirarlas.

No le hizo buen efecto á nuestro héroe este encuentro, pero comprendiendo que para lo que él quería, bastaban los noticias que Enriqueta pudiera proporcionarle, tanto mas cuanto que á él le constaba que esta era muy entremetida y curiosa, se acercó á saludarla con amabilidad y cariño, y ayudándola á buscar flores empezaron la conversación.

Enriqueta, que como sabemos era muy lista, comprendió á las pocas frases la idea que Juan se proponía al hacer ciertas preguntas, envolvió sus respuestas en un gran misterio, para hacerle dudar de la carta famosa, y de la cita en el bosque.

Le contó que entre las varias personas que habitaban en las cercanías había una señora recién llegada de la corte, á quien nadie había visto, que no había recibido á nadie, y cuya vida era ignorada de todo el mundo; que los que por casualidad se habían visto, no habían podido distinguir sus facciones, porque no acostumbraba á salir más que al anochecer y siempre por distintos caminos; que las noches de luna montaba á caballo y la acompañaba un anciano; que siempre sola y que á juzgar por su aspecto exterior y su traje elegante debía ser una señora muy guapa y joven; que nadie sabía quién era el anciano que la acompañaba, porque tampoco recibía á nadie; que esta seña amaba á caballo, y que iba con frecuencia á la aldea que estaba á seis leguas de allí, estaba algun tiempo fuera, y volvía á su casa donde se encerraba para continuar la vida que acababa de describir; que vivía en la casita azul que estaba á la izquierda del camino, y que la señora salía casi siempre vestida de blanco.

No necesitó mas datos ni mas noticias Juan, para fruguesar en su pobre cabeza un mundo de cosas y de ilusiones, preguntó si alguno en los alrededores sabía el nombre de esa misteriosa dama, á lo que contestó Enriqueta, que como nadie la había hablado, nadie sabía quién era, ni ella podía dar más noticias, porque solo la había visto dos ó tres veces por detrás y entró la arboleda, aunque solo podía decir que su figura prevenía en favor soyo y nada mas.

Juan dió torpemente las gracias á Enriqueta, y se retiró á meditar y á coordinar sus ideas y las frases de esta, resuelto á averiguar á toda costa quién era la dama de la casa azul.

VII

LA CASA AZUL.

Era la misma hora que cuando Juan se dirigía aquella tarde memorable y que no habrá olvidado, lectar, al bosque de los Castaños, solo que hoy en vez de dirigir sus pasos á aquel sitio, nuestro amigo se encaminaba hacia la casa azul, esperando la salida de la dama misteriosa, que él creía en sus adentros era Carolina.

Largo rato pasó esperando colocado en un sitio donde veía todo lo que por la casa pudiera pasar; allí esperaba el momento en que la puerta se abriera, por ella saldría una señora elegante que se encaminaría al bosque, él la seguiría conociendo en el modo de andar que no podía ser otra que Carolina, se acercaría á ella, se arrojaría á sus piés (eso que está sistema de declaración ya no se usó por clásico) la contaría sus horribles padecimientos desde la fatídica noche en que la oyó tronchar sus ilusiones, su constante cariño que á ninguna mujer había podido hacer vacilar (en esta parte se permitía Juan una mentrilla) lo dispuesto que se hallaba á perdonarla, el amor tan sin límites que la profesaría: él como fiel á su máxima *¡vuelto!* había vuelto á pensar en ella, había vuelto á adorarla, había vuelto á soñar con ella, á hacerla su ángel de sus ilusiones y de su felicidad.

Ella entonces le perdonaría, le alargaría la mano para besarla, él imprimiría mil y mil besos ardientes como su deseo, se juraría constancia y vivirían felices lejos del tirano que se había unido á aquella mujer para sacrificarla, para hacer de ella una víctima de su voluptuosidad, pero convertida su amor en odio, para luego abandonarla en una casa de campo al cuidado de un anciano, mientras él vivía como soltero en medio del desorden y de la crápula, rindiendo á otras mujeres el amor que solo podía corresponder á su mujer.

En esto estaba, cuando vió que una mujer vestida de blanco se presentó en la puerta, llamó á uno con el nombre de Valentin, éste entró, la puerta se cerró, se oyó el ruido de un cerrojo, y todo permaneció en silencio.

Juan entonces se acercó cuidadosamente á la casa á escuchar, pero no se oía ni el mas mínimo murmullo; al poco rato una mujer abrió una de las persianas del piso principal y desapareció: Juan entonces se fué á sentar enfrente en un sitio desde donde pudiera verla, y efectivamente vió pasar por delante de la ventana una mujer vestida de blanco con una luz en la mano, que desapareció.

Al poco rato se oyó un piano y un cántico, la voz que cantaba le era muy simpática á pesar de que la canción era una de las magníficas melodías de Schubert, el poeta de los poetas.

Juan escuchó, creía oír lo que nadie había oído, el canto de los silfos, ó uno de esas romanzas que los poetas platónicos pretenden tanta la brisa á las flores, las flores á las estrellas, y las estrellas á los arroyos; creyó que sus oídos escuchaban el cántico melancólico del cisne que se despidió de la naturaleza, y que pasó el sueño final en las últimas primeras notas de su garganta.

Un mes duró esta historia; á Juan no le volvieron á ver en casa de

Luisa, ni aun Enriqueta; todo el mundo creyó que había desaparecido; su alma estaba tan llena de ilusiones, que no iba mas que de su casa á la casa azul, sin que hubiera podido nunca ver mas que pasar por delante de la ventana aquella mujer vestida de blanco.

Aunque alguna vez pensó en Luisa, este sueño se desvanecía al momento, cuando recordaba á la dama blanca, y solo consideraba ya á aquella como un recurso, solo pensaba volver á ella en último caso, y se consideraba dichoso, si alguna vez podía hablar con la desconocida á quien creía Carolina, pero á quien amaría aun cuando no fuera Carolina.

Tanta impresion había hecho en su alma aquella mujer, que no pudiendo ya sobrar mas tiempo el amor que hacia ella sentía, le escribió la siguiente carta, que echó metida en una piedra por la ventana al cuarto en que todas las noches cantaba la dama blanca:

«He tenido la felicidad de oír cantar con voz de ángel esas deliciosas frases emanadas del corazón de un poeta para cantar sus amores, os las he oído interpretar tan admirablemente, que mi corazón se ha simpatizado por completo con el vuestro.

«Soy joven, tengo la cabeza llena de ilusiones, el alma de espe-

ranzas, el corazón de amores; hacedme el favor de permitirme veros unas veces de cerca para poderos jurar el amor tan grande que os profeso sin conoceros.

«Esperadme mañana al alba en el bosque de los Castaños, me esperaréis el ser más dichoso de la tierra.»

Juan esperó todo aquel día con impaciencia; por la tarde recibió una carta.

IX.

RAFAEL Á JUAN.

Querido Juan: como hace un mes que no te se ve en ninguna parte y nadie sabemos dónde paras, te dirijo esta para decirte lo que hay de nuevo por aquí.

Juan, soy el mas dichoso de los hombres: mañana me caso con Luisa; la ceremonia será á las diez en la ermita de San Estéban; te espero, seguro de que tomarás parte en la felicidad que disfruta tu mejor amigo

Rafael.

X.

¡¡¡BORRIPILACION!!!

Juan se creyó mas feliz que su amigo Rafael; iba á conocer á la



(Jardinería por Mr. Tahan).

mujer blanca, que montaba á caballo las noches de luna, que vivía en una casa azul, que cultivaba laureles en su jardín y que cantaba melodías de Schubert.

Apenas amaneció se encaminó al bosque; hacia una mañana deliciosa de otoño; las brisas no murmuraban, los pájaros trisaban alegremente, el sol naciente doraba las copas de los árboles, las flores iban abriendo sus perfumados espallos, á medida que el sol iba despertando y el arroyo modulaba una canción sentimental, huyendo por el bosque para estender sus franjas de plata por la pradera.

Juan se quedó en la plazoleja contando los minutos por las pulsaciones de su corazón.

Oyó pasos... las hojas se movieron, las ramas se separaron, una mujer vestida de blanco apareció; Juan se levantó maquinalmente, se acercó, miró... y... retrocedió dos pasos dando un grito... aquella no era mujer, era una vieja. Horror, horror, horror como diría el difunto Shakespeare, una vieja enamorada de la luna, una vieja cantando á Schubert, una vieja vestida de blanco, y una vieja gorda... una vieja que soplabá al andar, y ¡oh cómo del horror! Juan hubiera querido

si la hubiera sabido; aquella vieja era un anfibio de la raza humana, era... poetisa.

Entonces sí que dijo, Juan, *vuelvo*, y echó á correr despavorido, sin volver ni aun la cabeza atrás, y se fué del campo y de la ciudad y no volvió á enamorarse de cabeza, sino de corazón.

La vieja no sabemos que fué de ella. De Juan hemos sabido que no pudiendo vencer su inveterada costumbre, dijo vuelvo á los tres meses, pero fué para casarse con Enriqueta, que le había contado el por qué había hecho todo aquello... porque le amaba.

AGUSTIN BONNAT.

EXPOSICION INDUSTRIAL DE PARIS.

JARDINERIA POR Mr. TAHAN.

El bello mueble que reproduce nuestro grabado, y que ha causado la admiración de cuantos han visitado la Exposición parisiense, es de

madera esculpida; se compone de una gran caja octógona, sostenida por cuatro pilares que se apoyan sobre un fondo rodeado de caja de flores bajas. A cierta altura, cuatro vasos contienen plantas de largas hojas que tocan los extremos de la caja. En el espacio que dejan las maderas rústicas, hay un pequeño estanque de cristal, en el cual nadan los peces. Algunos pájaros de brillantes colores, da vida á este remedo de la naturaleza, cuya ingeniosa combinación y ejecución delectada, acreditan á Mr. Taban.

EL REY SE DIVIERTE.

Lo que vamos á contar es estrictamente histórico. No comentaremos los hechos ni recargaremos los colores. El suceso es demasiado elocuente por su naturaleza para que necesite reflexiones filosóficas ó matices poéticos: En cuanto á la exactitud de la narración, apelamos á todas las memorias, crónicas, historias y monumentos de lo que vá á ocuparnos. Era el año de 1680.

Cárlos II de Austria reinaba en España; si reinar es doblar la frente al peso de la corona.

Este idiota real, este rey siempre niño, esta rama parásita del árbol imperial de Cárlos V, deseó á principios de ese año recrear su alma, enloquecida ya en el terror y estragada por las preocupaciones, con la contemplación de su *Auto general de fé*.

Tenía entonces diez y nueve años.

Era digno nieto de Felipe II.

D. Diego Sarmiento de Valladares, obispo de Oviedo y de Plasencia, consejero real y de la junta de gobierno, durante la minoría del príncipe, é Inquisidor general del reino, aplaudiendo las buenas disposiciones del joven rey, cuyo celo religioso avivaba el Santo Oficio, quedó en avisarle tan luego como hubiese una respetable cantidad de reos que condenar.

No se hizo esperar esta circunstancia.

Diéronse prisa todos los tribunales del reino, y á fines de Abril habia ya un gran número de causas sentenciadas y un número no menos respetable de prisioneros en las cárceles de la Inquisición de la corte de Toledo y de otros puntos de la monarquía.

Enterado el rey, y persistente en presenciar el *Auto general*, dispuso que se verificase en Madrid y á su vista, señalando el día 30 de Junio como el mas apropósito por ser la Conmemoración de San Pablo.

Desde aquel momento empezaron á llegar á Madrid, á la caída de la tarde, unos sinistros coches escoltados por soldados y clérigos.

El pueblo adivinaba lo que iba dentro y se regocijaba anticipadamente con la esperanza del 150 de Junio.

Aquellos carruages transportaban reos desde los tribunales mas remotos á la gran hoguera que se preparaba al pié del trono de Cárlos.

Entre tanto el duque de Medinaceli, primer ministro del reino, era invitado á llevar la cruz verde, cuyo honor aceptaba; disponíase el teatro en la plaza Mayor; se verificaba una procesion solemne para pregonar la proximidad del auto, y concedíese indulgencia á los que asistiesen á él...

De todo que en esa misma plaza de Oriente, en esa misma puerta del Sol, en esa misma calle de Atocha donde hoy se pasean los hombres de la ópera, del ferro-carril y la filantropía, véase á los ministros, á los grandes, á los sacerdotes de Jesus, á los reyes, á los poetas, á todo un siglo, en fin, ocupado, preocupado, entusiasmado por una sola idea.—Quemar herejes.

De esto hace 174 años.

El teatro preparado en la plaza Mayor por D. Fernando Villegas, era sorbechío.

Constituíanlo:

Un tablado de tres pies de alto, ciento noventa de largo y ciento de ancho:

Dos altísimas escalinatas que bajaban á él:

Dosete para las corporaciones:

Jaulas para los reos:

Mesas para los secretarios:

Púlpitos y tribunas para los sacerdotes:

Altares para las ceremonias:

Reposterías para los inquisidores que fuesen asaltados por el hambre, y guardias para vigilar á los sentenciados.

¡ Cosa estraña! Ni un alardé de fuerza se preparó para intimidar al pueblo.

Dábase por seguro que no protestaría.

Hoy asiste un bata lon entero á la ejecución de un solo hombre.

Porque se teme una reclamacion del pueblo.

Y si ese pueblo, que ayer no protestaba, reclama hoy contra esos espectáculos, por qué se ha de maldecir la marcha de las ideas que así dió á los corazones el sentimiento de lo justo!

No veis en esto como en todo, que la conciencia pública reprueba ya la pena de muerte?

Prosigamos.

Dispúose un balcón para el rey en la casa del conde de Berajas, que venia á caer en medio del testero principal del teatro.

El *braserero* se preparó en la puerta de Foencarral, á la vera del camino y á unos treientos pasos del muro.

Podéis buscar el sitio y meditar en él.

A las tres de la tarde de la víspera del gran día salió una solemne procesion que duró hasta las doce; dióse de cenar á los reos y reunióse el santo tribunal para estar en vigilia toda la noche.

Por lo demás, nadie durmió en Madrid.

Presentóse á Cárlos II un haz de leña; el rey se lo mostró á la reina, y después de haberlo tenido largo tiempo ambos esposos, lo dieron



(Aventuras de un loco coronado.)

al duque de Pastrana con recomendacion de que fuese el primer reo que se echase en la hoguera.

Entretanto se hacia en estos términos la notificacion á los reos. —« Hermano. — (Hermano!) —Vuestra causa es ya vista y comunicada con personas muy doctas de grandes letras y ciencias y vuestro delitos son tan graves y de tan mala calidad, que para castigo y ejemplo de ellos se ha hallado y juzgado que mañana habéis de morir; prevenidos y apertibidos, y para que lo podais hacer como conviene, quedan aqui dos religiosos.»

Esta intimacion se hizo á veinte y tres condenados.

A los que no debian sufrir la muerte se les notificó su sentencia en muy semejantes términos.

De este modo amaneció el 30 de Junio.

A las tres de la madrugada vistióse á los reos.

A las cinco almorzaron.

En seguida se les formó en procesion.

Eran ochenta y seis.

Iban además otros treinta y cuatro en estátua por haber muerto ó estar prófugos.

Las estatuas que representaban muertos llevaban en sus brazos una cajita con los huesos de los mortales que representaban.

En el pecho de todas se leían sus nombres con grandes letras. De los ochenta y seis reos vivos, iban veinte y uno con coraca y vambentlo.

Eran los condenados á relajar, esto es, á morir.

Faltaban dos para el número veinte y tres, que anunciaba el programa.

Esta falta consistía, en que aquella mañana habían declarado dos mujeres ciertas cosas, por lo que se las había conmutado la pena.

De los veinte y un reos condenados á la hoguera, doce llevaban esposas y mordazas.

Entre estos mismos veinte y uno, había seis mujeres.

La edad de estas mujeres era: 30, 24, 32, 43, 60, 21 años.

Su crimen ser judaizantes.

Hemos dicho que algunas llevaban mordazas.

La edad de los hombres era: 26, 25, 23, 25, 50, 35, 34, 55, 56, 24, 38, 55, 58, 27, 28 años.

Algunos eran médicos, la mayor parte comerciantes y casi todos portugueses.

Su crimen ser judaizantes.

¿Qué importa que el Evangelio diga: «*Acosejad pero no violentéis?*»

De estos veintuno, quemados en persona, habían unos que sufrían antes la pena de garrote y otros que arderían vivos.

Además debían ser quemadas treinta y dos estatuas de las treinta y cuatro referidas.

Veinte y dos de ellas, representaban fugitivos.

Las otras diez, difuntos.

De estos diez difuntos, siete habían muerto en las cárceles secretas de la Inquisición.

Por eso se habían conservado sus huesos que iban á ser hechos cenizas.

Entre las estatuas, las había de ambos sexos y de edades análogas á las ya espuestas.

Hasta aquí los condenados á relajar.

Los sentenciados á vergüenza pública y azotes por las calles, fueron seis.

De ellos, dos eran mujeres, ambas de 34 años.

Los hombres eran: un sastre tullido, que pedía limosna; un joven carpintero; un italiano de 29 años, y un vaquero que se había casado dos veces, por lo cual recibiría doscientos azotes y sería desterrado por diez años, cinco de ellos en galeras, al remo y sin sueldo.

Los condenados á destierro y cárcel perpétua eran veinte.

Entre ellos había doce mujeres:

Sus edades: 18, 59, 40, 40, 34, 50, 14, 23, 50, 76, 17, 23 años.

¡Dos mujeres de 14 años una y de 17 otra, condenadas á cárcel perpétua, irremisible!

Indudablemente morirán en ella... Pero de ¿qué edad?

En pos de los reos iba una numerosa comitiva, compuesta de todas las corporaciones, autoridades, comunidades y órdenes de la corte.

Toda esta procesion pasó por las principales calles de Madrid.

Á las nueve llegó á la calle Mayor.

El rey esperaba ya en el balcón de Barajas.

Principiaron las ceremonias.

El rey juró al inquisidor general defender y proteger el santo oficio.

El pueblo juró delatar á todos los enemigos de la fé sin distincion de clase, ni consideracion de parentesco.

Al momento se empezó la misa.

¡Hubo sermón!...

Á las cuatro se acabaron de leer las causas de los relajados, y en seguida los condujeron al brasero.

El rey permaneció en la plaza hasta que se vieron los demás procesos.

Hubo exorcismos, abjuraciones, y conjuraciones.

Después se cantó el *veni creator* etc.

Cárlos II temblaba como una hoja de sauce.

Á las nueve y media de la noche concluyó la misa.

S. M. preguntó si aun tenía que permanecer allí.

Se le contestó que no, y se volvió á su palacio.

Había estado doce horas en el balcón, sin comer, sin hablar, sin moverse; como un insensato.

Pero la Inquisición no había terminado todavía.

Empezóse una nueva procesion que duró toda la noche.

Al día siguiente se sacaron reos á la vergüenza pública; se azotaron, se apedrearon, se silvaron y volvieron á ser enterrados para siempre.

En cuanto á los relajados, no quedó de ellos otra cosa que un monton de cenizas junto á la puerta de Fuencarral.

PEDRO ANTONIO DE ALARCON.

AVENTURAS DE UN LOCO CORONADO.

(Continuación.)

La turbacion que reinaba en la voz y en las palabras como en las miradas y todos los movimientos de Reginold, fué tambien conocida por él mismo, que pasó bruscamente de aquellos titubeos y vacilaciones á una explosion franca.

—Señora, estas cartas escritas al rey, son vuestras... Este retrato tambien procede de vos...

Una gran palidez se reflejó al instante en el rostro de Georgina y respondió débilmente.

—Si señor.

—¿La confesais!

—Si.

—Pero entonces...

—Yo he escrito esas cartas... yo he dado ese retrato...

—Pero esas cartas, son cartas de amor, ese retrato es una prenda de amor...

—Lo sé.

—Vuestra franqueza me asombra aun mas que vuestra cobardía infidelidad. ¿No me amabais, pues?

—Miró Georgina á Reginold con una ternura tan dulce... tan simpática, que las lágrimas que corrian de sus ojos llamaron tambien lágrimas á los de aquel que la agoviaba con reproches.

—Si amabais el rey, por qué no me lo deciais! ¿por qué no me lo haciais comprender?

—Creía que lo habiérais comprendido todo.

—¿Qué lo hubieséis comprendido? ¿que le amabais?

—La sorpresa que apareció en los labios de Georgina fué aun mas triste que su mirada humedecida de lágrimas.

—Es, pues, el rey á quien preferis?

—Alargó Georgina la mano á Reginold, que no se movió del sofá, y la jóven se vió obligada á retirar poco á poco su mano suplicante arrastrándolo á lo largo de su traje hasta su corazon.

—Pero defendeos, señora.

—Nada tengo que deciros.

—¿Es pues verdad?

—Todo.

—Todo, hasta esas respuestas favorables á la pasion del rey, hasta esas expresiones, cuya habilidad me admira en una pluma tan poco experimentada como yo creía la vuestra, hasta esa esperanza que concede mas que promete.

—Caballero...

—Cuándo Georgina estuvo en pié despues de haber lanzado un grito, un solo grito, llenó la pieza en que se encontraba con una magestad de estatura; parecia la divinidad de aquel pequeño templo.

—¿Es eso todo lo que negáis, preguntó cruelmente Reginold?

—Georgina volvió á caer sobre el sofá ocultando su rostro con sus manos.

—Pero hablad.

—No puedo.

—Oh! hablar, hablar, qué fuerza misteriosa os cierra la boca?

Arrojaban las lágrimas á través de la claraboya conmovida y rosada formada por las dos manos que ocultaban el rostro bello, soberbio, enternecido y ultrajado de Georgina.

—Señora, en fin, esprecios pedros mi perdon á el vuestro.

Habiendo Georgina alargado aun la mano á Reginold éste le respondió.

—No se toca al hijo del rey, señora.

Lanzando un segundo grito de martirio, levantóse Georgina y salió corriendo de la habitacion.

Lanzóse Reginold como un loco detrás de ella, pero bien pronto la perdió en medio de la multitud prodigiosa esparcida en el laberinto de los salones; la perdió como un cazador demasado ardiente deja escapar entre los sembrados el pájaro que persigue; después de vueltas, revueltas inútiles, llegó precisamente al mismo punto en que había encontrado á la condesa de Koenigsmarck disfrazada de Niña; creyó haber alcanzado á Georgina.

—En fin, señora, en fin... puedo aun deciros... esa fuga...

—Pero yo no he buido, caballero.

—Yo os he perseguido, señora.

—Aun? qué decís? Os estoy esperando aqui hace media hora.

—Vamos, señora, cesad de burlaros de mí.

—Vos, caballero, dijo la condesa riendo, solo quén debéis cumplir vuestra promesa. Acordaos de nuestros pactos; debia haceros encontrar á la condesa de Koenigsmarck y vos debiais instruirme confidencialmente de las particularidades de vuestro nacimiento. Yo he cumplido mi palabra; cumplid la vuestra.

—Pero vos sois la condesa...
 —¡Tú!
 —Vos mismo. La persona de la cúpula, y vos no sola mas que una, solo el mismo traje, el mismo peinado... el mismo...
 —¡Ah! es encantador, replicó la condesa continuando riéndose. Veo que es preciso sacaros de vuestra singular ilusión; hizo en seguida la condesa correr una cortina que separaba una pieza de la galería en que estaba ella con Reginold, y se enseñó un rigodón bailado por doce jóvenes vestidas exactamente como ella, disfrazadas de Nin-fas enmascaradas, y bailando con toda la loca alegría que produce el baile.
 —Ved todas esas Ninfas, dijo la joven á Reginold; pues bien, decidme por qué no habia de ser cualquiera de ellas mas bien que yo la que habeis visto en la cúpula.
 La confesion de Reginold fué completa.
 —Escucho, replicó la condesa de Königsmarck.
 —Pues bien, señora, estoy satisfecho. Hare dieciocho años que principió mi novela y continúa.
 —¿Vuestra familia?
 —No conozco á mi familia.
 —Sin embargo, habeis nacido en Sueria.
 —Las águilas que atraviesan el cielo de nuestros climas, son las que pueden decirlo; pero yo no lo creo.
 La condesa escuchaba con estrema atención.
 —He sido encontrado sobre el hielo.
 —¿Sobre el hielo? pero en qué orilla.
 —Qué interés tan poderoso tendrais, señora...
 —Un interés de curiosidad, ya os lo he dicho, pero proseguid, os lo suplico.
 —Me han recogido en una cuna sobre las playas de Stokolmo.
 —Asegurais que hace dieciocho años.
 —El rey Carlos XII me lo ha dicho, señora.
 —¡El rey! ¿y cómo lo ha sabido?
 —El rey su padre fué quien desde el fondo de su palacio, me vió sobre el hielo y envió á que me cogiesen, me colocó en su corte, y su bondad...
 —¿Eso es todo lo que sabeis?
 —Todo. La bondad de Carlos XI, iba á decirnos que cuidó de mi infancia, de mi juventud... se lo debo todo.
 —¿Y no tenais sobre vos ninguna señal?
 —Ninguna, ninguna...
 Las miradas de la condesa de Königsmarck, penetraban su máscara.
 —Permitid ahora, señores, que continúe buscando en este baile á la que urda en deseos de volver á encontrar.
 —Unas palabras aun.
 —Pero señora...
 —¿Cómo era la cuna?
 —Dea que de madera y atada con correas.
 —Estabais envuelto...
 —En calientes abrigos blancos.
 —¡Príncipe! ¡príncipe! gritó la condesa de Königsmarck, arrojándose delante de Reginold... En seguida añadió: ¡Oh! ¡Oh! mis ojos míos y desapareció aun con mas rapidez que la empleada por Georgina en huir de Reginold.
 Una cabeza mas fuerte aun que la de Reginold se hubiera trastornado al choque de tantas sorpresas: ya no dudó que soñaba. Aquel baile, aquellas locas, aquellas dos mujeres, aquella revelacion, a quel título de príncipe... Fué á sentarse con el entorpecimiento de un sonámbulo cerca del caballero Megret, á quien habia dejado jugando con el baron de Sandel.
 Llegó en momento oportuno: Megret habia perdido ya novecientos luisas y no le quedaban mas que ciento, que se disponia jugarlos de veinte en veinte. Ya murmuraba para consigo mismo:
 —¿Qué extraña nariz, mi dulce señor, tiene este baron de Sandel?
 —Triunfo, caballero.
 —No tengo.
 —Triunfo.
 —No tengo.
 —Veinte luisas para mí, dijo el baron.
 Creó el murmullo y se pudo oír distintamente:
 —¡Jauobie nariz, otros veinte luisas!
 —Acepto, respondió el baron, que tenia las cartas.
 —Oros.
 —Ahí están.
 —Mas oros, caballero.
 —No tengo más.
 —Oros, mas, oros. He ganado.
 —¡Ah! señor baron, no habeis, pues, aprovechado la leccion que os di en París para cambiar de nariz!

—El baron de Sandel ganó otras tres veces, y durante aquellas tres pérdidas sucesivas experimentadas por el caballero Megret, se oyó á éste decir en todos los tonos de la cólera: ¡miserable nariz! ¡nariz abominable! ¡horrorosa nariz! y en fin, en el último golpe que se llevó sus últimos veinte luisas, exclamó dando un puñetazo sobre el tapete verde: ¡nariz de copenhagués!

El baron de Sandel no habia pronunciado una palabra hasta entonces; pero cuando habo ganado todo su dinero al caballero, le dijo como en otro tiempo en París y con la misma calma: ¿queréis que hablo ahora de mi nariz?

Reginold deslizó la segunda bolsa de mil luisas sobre las rodillas de Megret, pero diciéndole en voz baja: esa la última, pensad en ello.

Megret vió en Reginold un dios que bajaba sobre la tierra y dijo: yo le adoraré mas tarde bajo la forma que le agrada.

—No, señor baron, hablaremos de vuestra nariz dentro de algunos minutos. Me habeis ganado mil luisas, dadme la revancha en dos veces: aqui están quinientos luisas, otros quinientos están aqui en reserva; juguemos; yo doy las cartas, cortad.

—Triunfo.

—El caballo de espadas.

—No tengo ninguna espada que ofrecer á vuestra patricida nariz.

—La sola de espadas, caballero.

—Tendré vuestra patricida nariz; pero no tengo espadas.

—Otras tres espadas.

—Será mía vuestra patricida nariz dentro de una hora.

—Jugais los otros quinientos luisas, caballero?

—De una vez, así como de una vez quiero llevaros vuestra nariz.

—Sabeis que hice saltar vuestra peluca al cielo rasó, caballero.

Copas.

—Ahí están, tendré vuestra nariz.

—Tendré vuestra fea peluca... mas copas.

—Ahí están... haré de vuestra nariz un apaga-luces.

—Cuando la tengas.

—La tendré.

—Mas copas, caballero.

—Sirvo; vuestra nariz ya á caer.

—Vuestra peluca vá á volar por la ventana. Dos copas todavía.

—¡Demonio de nariz! he perdido, exclamó el caballero, cogiendo violentamente la nariz del baron de Sandel, que se tornó roja, morada, negra, lo que no impidió al baron coger la peluca del caballero y arrojarla por la ventana.

Aquel combate entre la nariz del baron y la peluca del caballero Megret alborotaba ya la sala, cuando entró Olof sable en mano, sumamente borracho diciendo á todos los oficiales sus camaradas: todos sois unos perjuros que jugais y habeis; ¡y vuestro juramento!

—Ya no hay guerra, Goliath.

—Mas guerra que nunca: la flota se dá á la vela. ¡A bordo! ¡a bordo!

—¿Y contra quién vá á batirse?

—Contra toda la tierra comenzando por los rusos; seguidme.

Todos los oficiales suecos dejaban apresuradamente el baile, bien adelantado sin embargo, porque el día luchaba ya ventajosamente con la noche. Megret dijo entonces al baron de Sandel:

—Baron.

—Caballero.

—Sabeis...

—¿Qué?

—Que os he prometido cortaros la nariz.

—Ah! es justo, puesto que yo ya he cogido vuestra peluca.

—Yo la recogeré al salir, pero pretendo poneros en estado, señor baron, de que no volváis á encontrar nunca vuestra nariz por más visible que ella sea.

—Me proponéis, pues, caballero...

—La repetición del regalo que os ofrecí en París.

—Un duelo? con mucho gusto.

—Esta vez será á pistola, baron.

—Corriente, caballero: pero cómo haremos si vais á partir?

—Estad bien seguro de que no partiré, hasta despues de haber arreglado mis cuentas con vuestra nariz.

—A dónde iremos?

—Seguidme vos y vuestra nariz, señor baron, os lo suplico.

—El caballero, despues de haber recogido su peluca en la calle, condujo al baron de Sandel á la playa, y allí en presencia de dos ó trescientos oficiales suecos y dinamarqueses dijo: señores, dejadnos solos; el baron de Sandel y yo tenemos que decirnos dos palabras antes de separarnos.

—Facilmente se comprendió que se trataba de un duelo y no hicieron falta los padrinos.

—Cargadas las pistolas, se colocaron los dos combatientes á quince pasos de distancia.

—Megret, después de haber saludado con cortesía, tiró el primero.
 —Apunto á la nariz, exclamó.
 —La nariz del baron de Sandel no se meneó ni una línea.
 —Es una nariz encantada, exclamó amargamente el caballero atónito de haber tirado el tiro á quince pasos á un blanco tan visible.
 —Y yo apunto á la peluca, dijo friamente el baron de Sandel.
 —Salió el tiro y cayó Megret, la bala habia atravesado la frente del caballero.
 —Sus amigos le arrojaron en una de la barcas que iban á conducirlos á bordo de sus navios respectivos y al instante se separon de la playa.
 —Al abrir los ojos para volverlos á cerrar al instante murmuró el pobre caballero Megret.
 —Qué nariz!

FIN DE LA PRIMERA PARTE.

*(Se continuará.)***EL JUICIO FINAL.**

POR

EMILIO BLANCHET.

I.

¿Qué voz es esa que rasgando el viento,
 Al huracan en rapidéz supera,
 Y, sembrando el pavor y desaliento,
 En un punto recorre nuestra esfera?
 Los hombres palidecen á su acento,
 El leon tiembla por la vez primera,
 En su anchurosa base de diamante
 Se estremecen los Andes un instante.

II.

Mundo! llegó tu postrimera hora:
 Al ángel de esterminio has escuchado
 Agonia tremenda, aterradora,
 En su justicia Dios te ha señalado,
 Digna de la prision do el alma llora,
 Do su divino ser es degradado
 Coál diamante riquísimo, admirable,
 Que en un carbon convierte despreciable.

III.

Como bajel do su bandera planta,
 Al cielo y á los hombros desafiando,
 Feroz pirata que se alegra y canta
 Al ver lagos sangrientos humeando;
 Que la inocencia y el pudor quebranta,
 Y ante las cauas no se siente blando;
 Vas á ser pasto de las llamas, mundo,
 Oh del espacio escandalo profundo!

IV.

Mas ¡ah! ¿do ha sido, lumbre bienhechora,
 Que difundes la vida y la alegría,
 Tú por quien es la flor encantadora,
 Por quien el mar risueño se reia,
 Por quien la casta luna arrobadora
 Luz derrama inefable y poesia,
 Tú, fuente perenal de la existencia,
 Por quién los mundos giran en cadencia?

V.

Ohi sol, en vez de mágicos fulgores,
 Disco negro presentas solamente;
 Y el astro caro á tiernos amadores
 De tantas suaves emociones, fuente,
 Que en misteriosos, célicos fulgores
 Bañar salia el pecho mas doliente,
 Súbita muestra lúgubre esqueleto,
 De compasion y lágrimas objeto.

VI.

Como á la vista débórida alimaña
 Por rumbos varios tímidas doncellas
 Reparo buscan de su fiera saña,
 Así corren las fúlgidas estrellas

Sin direccion del éter la campaña,
 Y apagadas al fin sus luces bellas,
 Se pierden en las sombras formidables
 Do se revuelven ruidos espantables.

VII.

Tremenda confusion! rugen los vientos
 Y de llamas inógnitas cargados
 A destruir arrojáanse violentos;
 Fuego brotan los cielos desgarrados;
 Estallidos, relámpagos, lamentos,
 Estrépitos, retumbos, van mezclados;
 El gran emperador de las montañas,
 Himalaya, se esconde en las campañas.

VIII.

En inflamada nave pobre gente
 Corre, se afana, lucha, llora, grita,
 Dá tortura á su cuerpo y á su mente,
 Mas sin horrendo no por eso evita:
 Así la humana grey briosamente
 En esfuerzos sin número se agita;
 Mas la garca crúel de muerte horrible
 Dá á su esperanza término terrible.

IX.

En vano, amante, gruta salvadora
 Buscas cargado con tu bello dueño;
 En vano mueves piedra tembladora
 Con brio juvenil, tenaz empeño,
 Huyendo, anciano, tu postrera hora;
 De tus fuerzas, jayán, la ayuda es sueño;
 Fieras, oh madre, tu oracion ablanda,
 Pero estéril, tardía, es tu demanda.

X.

Revuélvese entre horribles convulsiones,
 De modos mil herida la natura;
 De ceniza las selvas son montones;
 El escondido valle, la llanura,
 Del cielo, huyendo, tocan las regiones;
 Rote ya el freno de impotencia dura,
 Vuela el mar á la presa con estruendo
 Por la que estuvo siglos mil rugiendo.

XI.

Lagos, do hierven aguas sanguinosas,
 Súbito, en vez de montes empinados,
 Venase al fulgor de llamas azuladas;
 Soberbios monumentos admirados,
 Muestras del génio humano portentosas;
 Confunden sus despojos calcinados
 Con las arenas do robó el bedauino;
 Humo palpable gira en torbellino.

XII.

Creación, tus fieras convulsiones,
 Las llamas, las tinieblas, el estruendo,
 La confusion de mil horribles sonos
 Con un impetu terrífico creciendo
 El caos de infinitas destrucciones
 En su mas negro horror apareciendo,
 De tu instante postrer señal son ciertas:
 Oh! qué silencio!... la creacion es muerta!

XIII.

Así en la hoguera que en aciago dia
 Logró encender el fanatismo ciego,
 Con lúgubras aullidos se torcia
 El infelice pábulo del fuego;
 Súplicas, maldiciones proferia,
 Desesperado forcejaba, y luego
 Cenizas y silencio únicamente
 Contemplaba el fanático inclemente.

(Continuá.)

Director y propietario. D. Angel Fernandez de los Rios.

Madrid.—Imp. del SEMANARIO DE ILUSTRACION, á cargo de D. G. Alhambra.